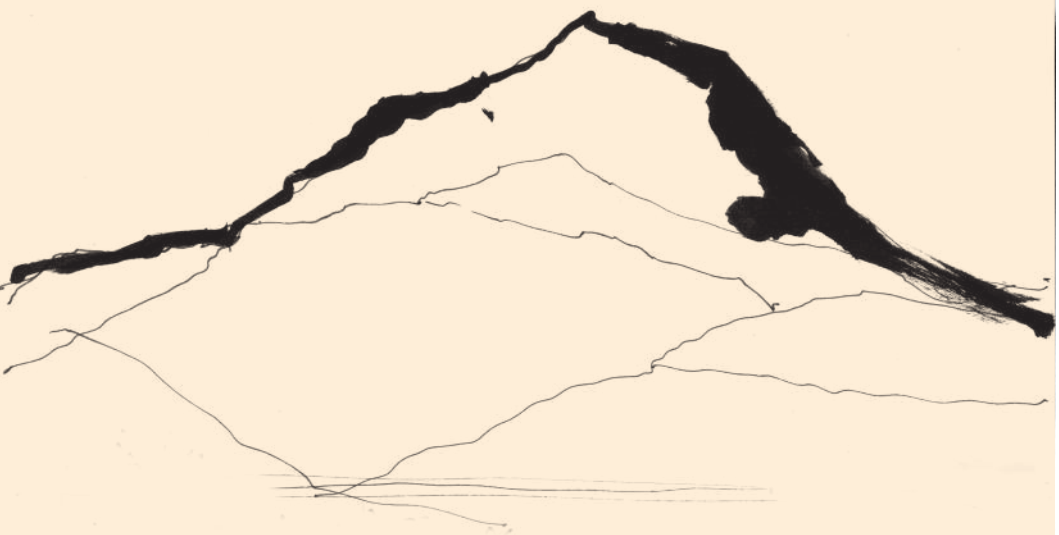


Pedro Gamo Ortega

Hacia la cúspide



EDICIONES DEL RECUERDO



Pedro Gamo Ortega

Nació en Congostrina (Guadalajara) en 1898. Muy joven ingresó en el Seminario de Sigüenza donde cursó estudios de bachillerato. Por esos años escribió el libreto de una zarzuela *Los maletas*, que no llegó a publicar.

Se trasladó a Madrid a preparar oposiciones al cuerpo de Inspectores Diplomados de Hacienda, cuyo primer destino ejerció en La Coruña, y dónde publicó la novela de costumbres coruñesas, en 1925, *La reina de los cantones*. En 1931 contrajo matrimonio con Carmen García Silvestre y obtuvo una plaza de inspector en Barcelona, allí publicaría su primer poemario al estilo de las *Rimas* de Bécquer, *Sonrisas, Versos a mujeres*, (1933). En 1939 edita un opúsculo titulado *Coronas de Laurel* dedicado a la victoria franquista. Ejerció en Barcelona hasta 1946. Durante ese tiempo el matrimonio tuvo seis hijos. De nuevo obtuvo destino en Madrid, donde residieron dos años. Buscando un lugar más tranquilo para vivir y se trasladaron a Alcalá de Henares, ciudad que amó profundamente y donde participó en la creación de la Asociación Cultural "Ruta Cervantina", junto con otros escritores y poetas alcalaínos. En 1950 nació el séptimo de sus hijos.

Murió en diciembre de 1958 a los 60 años de edad, al poco de concluir su último poemario, inédito hasta ahora, que tituló *Hacia la cúspide*.

Hacia la cúspide



El matrimonio Gamo

Hacia la cúspide

Pedro Gamo Ortega

EDICIONES DEL RECUERDO

EDICIONES DEL RECUERDO

Dirección
Jacinto Gamo

Primera edición: Abril 2020

© **Herederos de Pedro Gamo Ortega, 2020**

© *De las ilustraciones: sus autores*

Dibujos de cubierta e interior:

Ángel Humanes

Diseño, maquetación y preimpresión:

Vicente Alberto Serrano

Imprime: Xxxxxx Xxxxxxx

Se autoriza la reproducción de cualquiera de estos poemas,
siempre que se cite al autor y la procedencia de los mismos.

*A la memoria de mis padres que
desde allá me enseñaron a amar.*

*La edición de este poemario está
dedicado a toda mi familia.*



El matrimonio Gamo con sus cinco primeros hijos, en Barcelona hacia 1943

A MODO DE PRÓLOGO

Desde muy joven leí y releí estos versos inéditos de mi padre –llegando ya a la cúspide de su vida, casi tocando el cielo– que concluyó muy poco antes de morir, cuando yo tenía solo ocho años. No quería que vosotros, mi familia, os los perdierais.

Por este motivo he decidido haceros este pequeño regalo para que también conozcáis el sentir de mi padre y disfrutéis con su lectura como lo he hecho yo durante tantos años.

Jacinto Gamo

Hacia la cúspide

Pedro Gamo Ortega

DE PROFUNDIS

Desde esta negra espelunca
donde no entra la luz nunca
y el alma siente pavor,
puesto en el suelo de hinojos,
a Ti dirijo los ojos,
a Ti te llamo, Señor.

Yo, que te alabé en la altura,
yo, que canté la hermosura
de la luz matutinal,
y los ríos, y los montes,
y los amplios horizontes
de Castilla la inmortal;

hoy desde esta cueva oscura,
con trazas de sepultura,
también, Dios, te alabaré;
porque te amo, porque creo,
porque si mirar te veo
con los ojos de la fe.

No hay aromas ni colores
ni se escuchan los rumores
del aire, que, en su quietud,

se diría que está muerto
y descansa mudo y yerto
en un enorme ataúd.

Pero estas piedras gastadas,
retorcidas, desgarradas,
cual lámina de papel,
nos dicen con voz eterna:
quien entre en esta caverna
descúbrase, que está El.

El eres Tú, cuya esencia,
cuya presencia y potencia
se encuentra en todo lugar:
desde la flor más sencilla
a la ingente maravilla
de los cielos y del mar.

Y estando en todo presente,
–¡siempre grande, siempre el mismo!–
en todo eres adorable,
majestuoso y omnisciente,
lleno de bondad, ternura,
y de amor inagotable.

-¡Siempre grande, siempre el mismo!-
Sin que conciba mi mente
en su loco paroxismo
de imperfecta criatura,
cuándo eres más admirable:
-¡ Siempre grande, siempre el mismo!-
si cuando Dios del altura o cuando Dios del abismo.



CANTO AL HENARES

Yo te he visto nacer, querido Henares,
del seno de tranquila cordillera
que, con dulce humildad de franciscano
y candidez de doncellita ingenua,
la península en dos pedazos parte;
y a cada mar, del suyo le hace entrega.
Niño al principio, juguetón retozas
por los campos floridos de Alcuneza
cuyas praderas en el mes de junio
alfombran margaritas y azucenas.
¡Con qué alegría entre los guijos brincas!
¡Con qué gozo discurre entre hierbas!
¡Y cómo velocísimo caminas
cual si tuvieras alas más que piernas!
¿Qué transparencia comparar se puede
con tu diáfana y pura transparencia,
si el más limpio cristal es negro lodo
en parangón con tu carita tersa?
¡Oh, la sana alegría de la infancia
toda luz, toda fe, toda pureza!
Con ganas de hombrear, un mozalbete
eres ya cuando pasas por Sigüenza;
ciudad que tiene los encantos todos

de una mujer bonita y casadera.
Por eso ruboroso y algo tímido,
cual si hacerla tu novia pretendieras,
en las tardes alegres del verano
rozas sus plantas de alabastro y seda;
y en tus limpios armónicos cristales
con cariño infinito la reflejas,
copiando con afán ciego de artista
los chapiteles de sus cien iglesias
y recitando madrigales tiernos
con hondo sentimiento de poeta.
Si la espalda te da... déjala y sigue.
¡ Toda mujer tiene algo de veleta!
Por Jadraque y Humanes eres hombre
y tu virilidad se ve perfecta
gracias al Cañamares y al Bornoba
que para ayuda te regala Atienza.
¡ Con qué brío navegas por el cauce!
¡Con qué empuje caminas por las vegas!
¡Y cómo, al verte eufórico y potente,
cantas las coplas de mi amada tierra!
Cantas entre los juncos de tus márgenes...
Cantas entre espadañas y entre aneas,
refugio de infinitos pececillos
que, al bullir, te dan vida y te platean...

Cantas, acompañado por el viento
que las copas agita y las oreas,
entre soberbios álamos altísimos,
entre los chopos de ramitas tiernas,
entre los olmos de ramaje espeso,
entre chaparros, fresnos y mimbreras.
Cantas coplas bellísimas de amores
que, por salir del alma, al alma llegan:
las inocentes y sencillas coplas,
espontáneo producto de la aldea,
que tienen los encantos seductores
de cuánto dice y hace la inocencia.
Cantas por las mañanas..., por las tardes...
A veces con monótona insistencia...
Cantas como los mozos de la Alcarria
que, en las noches de luna placentera,
van de ronda por calles y por plazas
pulsando sus bandurrias y vihuelas.
¡Vivan los hombres de majeza y rumbo!
¡Canta, Henares, que pasas por mi tierra!
Pero haces algo más que entonar cantos;
en algo noble emplearás tus fuerzas:
pues saliendo, solícito, de madre
por miles de canales y acequias,
besas con santa santidad de esposo

la tierra amable, cariñosa y buena;
y, fundido con ella en dulce abrazo,
con ella vives, y se esponja ella,
quedando con la vida que le infundes
apta y fecunda para augusta empresa.
Y son luego manzanas olorosas...
Y son melocotones y ciruelas...
Y son granos de trigo en las espigas...
Y es el pan que nos nutre y nos sustenta.
¡Bien has cumplido tu misión, Henares!
Ya ¿que más ambicionas en la tierra?
Guadalajara silencioso cruzas
y a besar sus murallas no te acercas
para no perturbar su dulce sueño
de casta y hermosísima princesa.
Es al llegar a tu Alcalá, pausado,
cuando hogaño mis ojos te contemplan,
cansino el paso, la mirada turbia,
con séquito de barro e impurezas.
¡Las faltas todas de tu larga vida
que te esculpe en el rostro la conciencia!
Tal vez por ello te deslizas triste,
présago de la muerte que te acecha.
¡Sigue adelante impávido y sereno!
¡No las temas, Henares, no la temas!

Que cuando llegues al inmenso océano
y con él se confundan tus moléculas,
con otra forma seguirás viviendo
y obtendrás tu pristina transparencia.
Te quiero tanto, Henares, porque eres
de mi vida la imagen verdadera:
Infancia sonrosada y cristalina...
Juventud agradable y pasajera...
Virilidad espléndida y fecunda...
Y hoy, que las nieves en mi sien blanquean,
esperando tranquilo y resignado
la ancianidad que veo que se acerca.
¡Feliz, si, como tú, como tú, voy a lo Inmenso
donde mi alma se limpie y resplandezca!

CANTO AL OCEJÓN

Heme hoy aquí, ¡Pico Ocejón altivo!
sobre tu áspera cima situado
hechas realidad las ilusiones
que acaricio durante largos años.
En un pequeño pueblecito oscuro
que apenas se columbra sobre el llano
cual navío minúsculo perdido
entre las olas del inmenso océano,
nací de humildes labradores pobres
que cuanto ellos sabían me enseñaron:
amar a Dios y respetar al prójimo,
hacer lo bueno y despreciar lo malo.
Al contemplarte a ti por vez primera
mis pupilas absortas se quedaron
mirando tu silueta gigantesca
recortada en el cielo inmaculado.
¡Qué grande y qué soberbio parecías,
visto, Pico Ocejón, desde allá abajo!
sobre todo en las tardes del estío
cuando el sol tras de ti se iba ocultando.
Y puede que lo seas... Arrogante,
descuellas sobre todos tus hermanos:
Santotís... Alto Rey... Peña Boderá...

y tántos otros de que estás cercado.
Tu ves el nacimiento de cien ríos
y su curso percibe paso a paso:
El Jarama... el Bornoba... el Sorbe alegre...
y hasta el Henres armonioso y claro,
Desde que nace en Sierra de Ministra
hasta que es absorbido por el Tajo.
Como para admirarte, alborozada,
mil ciudades se extienden por los llanos:
Hiendelaencina, del filón de plata;
Congostrina, mi pueblo idolatrado;
Jadraque, la de huertos y frutales;
Cogolludo, de artístico palacio;
Atienza, nido de águilas reales;
Sigüenza, de castillos legendarios;
Guadalajara, la Sultana Mora;
Alcalá, cuna del saber, antaño.
Tú sentiste agitarse entre tus plantas
los pobladores del solar hispano;
aquellos celtíberos que vivían
en lo hueco de cóncavos peñascos
y que, acosados por la fuerza bruta
del poderoso ejército romano,
preferían la muerte antes que verse
sometidos al yugo del esclavo;

dando en Numancia la lección gloriosa
que resuena después de dos mil años.
Luego cruzaron ante ti los godos
con sus rudas espadas y tabardos;
y en pos los moros con sus cimitarras
y sus graciosos alquiceles blancos...
Hasta que el Cid campeador, guerrero
el más famoso de los castellanos,
los barrió de estas tierras y les hizo
llegar hasta Sevilla galopando.
Y aún has de ver pasar pueblos y pueblos
por la acción de los siglos empujados...
Y tú continuarás mudo y altivo
tu mole hacia los cielos elevando.
¡Oh, qué grande eres, Ocejón bravío,
si se te ve y contempla desde abajo!
Por eso en mí nacieron los deseos,
que acaricié durante largos años,
de poder admirarte más de cerca,
escalar tus laderas paso a paso,
y llegar a tu cúspide altanera
como en este sublime instante lo hago
y te digo: ¡Gigante de los montes!
¿Desafías el tiempo y el espacio?
Ya llegará el momento, no lo dudes,

en que pases también sin dejar rastro.
Yo soy humilde, pobre, arista débil
sumida en el inmenso mar humano;
pero siento latir en lo más íntimo
de mi ser algo noble, extraordinario,
que, si fue encadenado a la materia
cuando por el Eterno fue formado,
ya siempre ha de vivir eternamente
a despecho del tiempo y del espacio:
es una luz inmaterial, reflejo
del Ser Eterno, Inmenso e Increado;
es el alma inmortal por la que vivo
y siento y pienso y reflexiono y amo.
Pero tú, ¿qué eres tú? Montón informe
de materia... Moléculas y átomos
que las ingentes fuerzas naturales
ciegas y sin piedad acumularon.
¡Dolor de la corteza de la tierra
que en contracción atroz se fue forjando!
Y esas fuerzas enormes que te hicieron
descollar sobre todos tus hermanos,
serán las mismas que, corriendo el tiempo,
hagan que ruedes a la nada raudo.
El viento, sacudiendo tus melenas,
inflexible te irá despedazando;

y ese montón de la materia inerte
entrará en dispersión grano por grano
hasta que quedes tan pequeño y liso
como la suave palma de la mano.
Mientras yo seguiré siglos y siglos
sin fin, perpetuamente razonando,
merced al alma espiritual y eterna
que el Señor, porque quiso, me ha donado.
¡Hoy, más cerca del cielo, de rodillas
lo reverencio, lo venero y amo!
¡Ocejón, Ocejón, pico soberbio
que diste asunto a mi sencillo canto!
¡Cuán pequeño pareces desde arriba
aunque parezcas grande desde abajo!

HITA DEL ARCIPRESTE

Así como el otero a cuyo pie reposas
su cónica silueta proyecta hacia la altura
y es hito en que convergen las miradas ansiosas
de todo caminante que cruza la llanura,

así tu nombre, suave como aroma de rosas
sobre el que otras ciudades netamente fulgura
por obra de aquel vate de trovas armoniosas
que que al paso de los siglos agranda su figura.

¡Hita del Arcipreste! ¡Arcipreste de Hita!
¡Orgullo de los pueblos y orgullo de los hombres!
Semejáis dos amantes que acuden a una cita...

De tal modo los vuestros ha enlazado la historia
que no hay poder bastante a desunir dos nombres
que caminan triunfales por senderos de gloria.

ALCALÁ DE HENARES

En estrofas de piedra tu soportales
y vetustos conventos, que hoy son cuarteles,
evocando estudiantes, maestros, bedeles...
hablan de tus pasados días triunfales.

Al rumor del Henares que sus cristales
vertiendo va galante por tus vergeles,
¡Oh, Alcalá! te has dormido con los laureles
sobre la rubia alfombra de los trigales.

Dormida, que no muerta, guardas vigor
para tu antigua fama sacar a flote;
aunque... no necesitas más prez ni honor:

pues nos diste los Santos Justo y Pastor,
y nos diste a Cervantes el de *El Quijote*,
y al Arcipreste de Hita el de *El Buen Amor*.

ARAGÓN

¡Aragón! Raza noble y altanera
que, firme ante el peligro y los azares,
puedes brillar junto a las ejemplares
si no eres entre todas la primera.

Con los Jaimes y Pedros, tu bandera
sembró el terror en apartados mares;
y, al compás de tu Jota y tus cantares,
te derramaste por Europa entera.

¡Aragón! Lealtad, brío, cordura,
religión, heroísmo, galanura,
independencia, amor, desinterés...

Tanto admiro tu temple soberano,
que de no haber nacido castellano
¡quisiera haber nacido aragonés!

CALATAYUD

Porque pudieras admirar su hazaña
te dio un castillo nombre y te dio vida
en la ribera mágica y florida
del bizarro Jalón que tus pies baña.

Guerreros invencibles te criaron;
fuiste pronto de reyes preferida;
y poetas y artistas ensalzaron
tu belleza sin par nunca perdida.

Cuando te viste ya moza valiente
y sentiste en tu pecho la candente
torsión que el amor causa cuando brota,

te miraste al espejo de tu río,
diste un grito de júbilo bravío...
¡y de aquel grito audaz nació la jota!

AL CASTILLO DE ATIENZA

¡Salve, castillo de Atienza!
Firme castillo roquero
que, a despecho de los siglos,
cual desafiando al tiempo,
conservas, aunque menguadas,
ánimo, valor y arrestos
para clavar en las nubes
tus muros medio deshechos.
Sobre tus patios, que antaño
oyeron el pisar recio
de unos hombres que calzaban
duras espuelas de acero,
hoy se pasea tranquilo
algún lagarto famélico;
mientras tus rotas paredes
con sus hondos agujeros,
sirven de albergue y de nido
a lechuzas y murciélagos.
No te avergüences, castillo,
de ser anciano decrepito;
pues todo lo que hoy es joven
algún día será viejo.
Vive y recuerda... Recuerda

aquellos siglos de hierro
en que ufano sonreías
cuando enemigos intrépidos
llegaban en son de guerra
cabe tus muros enhiestos.
Sonreías confiado
porque tenías por cierto
que no había ser, capaz
de rendirse pecho a pecho.
¡No te avergüences, castillo,
de ser anciano decrépito!
¡Ah! ¡Quién me diera, castillo,
haber nacido en los tiempos
de Rodrigo de Vivar,
de Urraca y Alfonso Sexto!
Vistiendo cota de malla,
coraza, manopla y yelmo,
yo montaría la guardia
de infatigable guerrero
en la garita más alta
de tu torreón señero.
Inasequible al cansancio,
imbatible por el sueño,
la vista en el horizonte,
la flecha en el arco tenso,

vigilaría las tierras
que labraban mis abuelos
librando las de la rafia
de enemigo turbulento.
Cuando los viera acercarse,
gritaría a pulmón lleno:
-¡Al arma! ¡Al arma los míos!
¡Todos aquí! ¡Presto! ¡Presto!-
Y, al cubrirse tus almenas
de bien curtidos arqueros,
huirían los contrarios
como corzos por los cerros.
Mas si algún alcaide aleve,
por perfidia o por dinero,
quisiera facilitar
a tu interior el acceso,
y me quedara luchando
yo solo contra doscientos,
yo los iría arrojando
uno a uno por tus huecos
hasta anegar con su sangre
la peña que es tu cimiento;
para dejar bien sentado
que a ti, castillo altanero,
nadie logró dominarte

ni tomarte, pecho a pecho.
Aquellos tiempos pasaron...
¡Cómo cambia todo el tiempo!
Hoy pido al cielo conserve
lo que resta de tus lienzos;
para que ellos con sus piedras,
(cada piedra es un recuerdo)
digan con voz portentosa
a los siglos venideros,
que a ti, castillo atencino,
nadie te venció... ¡ni el tiempo!
¡Salve, Castillo de Atienza,
firme castillo roquero!

AL CASTILLO DE ANGUIX

¡Oh, Castillo de Anguix, fiel relicario
con auténtica y limpia ejecutoria!
En tus paredes se durmió la historia
al cruzar por tu coto solitario.

El rumor de ese río legendario
nos trae con tesón a la memoria
a tus señores, tras feliz victoria,
rezando con sus siervos el rosario.

Por eso, al contemplar como embellece
lo que resta de ti –¡cruel tragedia!–
el musgo audaz que en tu sillares crece...

en estos tiempos de falaz comedia
el alma se expansiona y ennoblece
gustando, hecha perfumes, la Edad Media.

A UN MOLINO DE VIENTO DE LA MANCHA

¡Viejo molino de viento
que, al declinar de la tarde,
rayas el azul del cielo
con tus brazos colosales!
No es extraño que engañaras
al buen caballero andante
que engendró la fantasía
de don Miguel de Cervantes.
¿Fuiste tú quien, al moverse,
echó a tierra en un instante
ilusiones que bullían
en su sien como un enjambre?
¡Qué mal hiciste, molino,
con proceder semejante!
Sin saberlo, cometiste
el mas recio disparate;
pues despertar al que sueña
es el tormento más grande.
Dejárselo que siguiera
soñando fieros gigantes
y don Quijote andaría
desde allí, mundo adelante,

con mas ardor en el pecho
y alegría en el semblante,
no, con la triste figura que,
como sello imborrable,
imprimió en su faz serena
la vida al zarandearle.
Aunque sé que no podías
de otra forma comportarte;
pues tú también eres vida,
fría realidad punzante,
y, como ella hosco y alegre,
como ella fijo y mudable,
enseñáis algo a los hombres
a cambio de maltratarles.
Por maestro, aunque castigues,
molino de viento, ¡salve!

QUIJOTESCAS
(Romances del más allá)

I

Vivió loco y murió cuerdo...
Con maternal compasión
su pálido cuerpo enjuto
la amable tierra guardó.
Pero ¡ay! que el tiempo, corriendo
con paso devastador,
secó los ramos de flores
que la sobrina ofrendó,
aún regados con las lágrimas
que a Sancho arrancó el dolor,
y hasta borró el epitafio
que le compuso Sansón.
Y, continuando su obra
de cruel asolación,
la tierra que lo cubría
grano a grano se llevó;
y aquel cuerpo, hecho cenizas,
rápidamente esparció
del noble solar hispano
por uno y otro rincón.

¡Por eso es hoy toda España,
alumbrada por el sol,
del cuerpo de Don Quijote
formidable panteón!

II

Vivió loco y murió cuerdo...
Y su ánima inmortal,
el éter puro cruzando
como una estrella fugaz,
llegó serena hasta el trono
de la Excelsa Majestad.
–Señor... Yo soy don Quijote,
–dijo con toda humildad–
aquel que abajo en la tierra
tanto y tanto dio que hablar
y hoy se acoge confiado
a tu afecto paternal.
Si es verdad que hice locuras,
también las pagué, en verdad;
por lo recto de sus fines
¡Oh, o mi Dios! perdona las.
–Bienvenido, Quijotillo,
–habló la Divinidad–

Pues supiste bien morir,
que es la ciencia de verdad,
tu fama no tendrá límite,
tu nombre será inmortal,
y antes que el tuyo olvidaren
los siglos olvidarán
el de aquel alcaláino
que te engendró y te hizo hablar.
vivirás perpetuamente
en este Alcázar Real...
¡Anda, y que Pedro te indique
la mansión que has de habitar!

III

Trescientos años y pico
de vida eterna llevaba,
cuando, una tarde de abril
—tarde con fulgor de alba—
oyó ciertos golpes dados
a la puerta de su estancia
cual si alguien con los nudillos
impaciente replicara;
Y a la vez: —¿Se puede?
—¡Pase!

Y penetró... Sancho Panza.
-¡Albricias, Sancho querido!
Ha siglos que no me hablas.
-Perdone vuestra merced...
pero aquí el tiempo no pasa;
los siglos parecen años;
los años horas menguadas;
las horas segundos breves;
los breves segundos, nada.
Y como estoy absorbido
jugando con mis dos santas...
-¿Dos nada menos?

-Sí, dos:
la fiel Teresica y Sancha.
...discúlpeme su merced
que antes no le visitara.
Pero hoy dije: veré a mi amo
Don Quijote... De hoy no pasa.
Más vale tarde que nunca...
Quien mal anda mal acaba.
-Algo tienes que pedirme...
¿Qué quieres de mí? Habla, habla...
¿Acaso no estás a gusto
con esta vida encantada?
¿No tienes buenas camisas?

¿No, subsistencias baratas?
Pues baja, baja a la tierra;
que las tendrás racionadas.
-No es por ahí, don Quijote...
Las miras son hoy más altas.
Aquí de nada carezco;
Tal es ¡pardiez! la abundancia
que las bodas de Camacho
son como un vaso de horchata.
-¿Pues?

-Me ha dado por los libros.
-¡Que me place! Sancho, habla...
-...y he observado dolorido
que aquel que con tanta gracia,
aquel Jamate o Jamete
que nuestros hechos relata,
tuvo una omisión de bulto
y debiera subsanarla.
-¿cuál es?

-En Cuenca estuvimos;
y lo de Cuenca lo calla.
-Todos los historiadores
dejan sus obras truncadas.
Veamos si tiene arreglo...
Y, colocando la palma

de la mano suavemente
sobre un pulsador de nácar,
hizo resonar un timbre
y se acercó un ordenanza,
su buen golpe de galones
luciendo en la bocamanga.

–¿Desea?

–¡Que venga Hamete!

Señor... Aquí no se haya;
que es moro y los moros no
tienen en el cielo entrada.

–Entonces, un tal Cervantes,
manco, de barba de plata...

–Ese sí; pues fue devoto
de la madre de Dios santa,
hombre cabal, buen católico...

–Que venga volando, anda...
Y, haciendo una reverencia,
salió el ujier de la sala.

IV

Encontrábase Cervantes
nadando entre papelotes,
que eran de todas las obras

que escribió los borradores,
cuando de ver a su amigo
recibe la urgente orden.

–Voy corriendo que ya sé
cuál las gasta don Quijote.
Y partió sin aliñarse
ni la barba ni el bigote.

–Vamos a ver, Miguelito...
Siéntate... y me responde.
¿No estuve yo en Cuenca?

–Si.

–¿No crucé yo por sus hoces?

¿No vi la cueva de Orozco?

¿Las Casas Colgadas donde
se asomó de un quinto piso
una yegua color cobre?

¿No bebimos agua fresca
en sus fuentes de renombre?

En su ciudad Encantada

¿no dormimos una noche?

¿porqué todo esto en mi historia
no lo mencionas entonces?

V

Entre enojado y confuso
respondió Miguel de Cervantes:
–Señor... yo te di la vida
y con ella bríos tales
que para ti eran mosquitos
los leones y gigantes.
Mas no está bien que esos bríos
ahora contra mí los lances,
pues descienes hasta el puesto
del hijo que pega el padre.
Cierto que estuviste en cuenca,
que recorriste sus calles,
que te embebeció Mangana
con sus filigranas árabes,
y que en la fuentes de Alaja
mató su sed Rocinante.
Pero si no hice mención
de sucesos semejantes,
fue por no empañar tus glorias
tildándote de cobarde.
Recuerda que fue de noche
cuando por Cuenca pasaste
huyendo de la Ciudad

Encantada, donde entraste
un jueves por la mañana
y estuviste hasta la tarde
dando vueltas y más vueltas
sin poder de ella librarte.
Y cuando ya iban surgiendo
las pardas sombras ingraues,
te advino congoja tal,
y a la vez miedo tan grande...
–¡Alto, alto! Caballerito...
–dijo Quijote a Cervantes–
no tolero que en mis barbas
de esta manera se hable.
No fue miedo...¿Miedo, yo?
Eso en mi pecho no cabe
aunque pudo parecerlo
a alguno que me mirare.
Conste que no hubo tal miedo;
y conste, como ya sabes,
que estuve en Cuenca. De suerte
que, ingenioso cuanto hábil,
a ver cómo les transmites
esta nueva a los mortales.
–Ipso facto.
Y, presuroso,

tomó los auriculares
y, llegando ante el micrófono,
gritó: –¿Es Alcalá de Henares?
Mis paisanos ¿todos buenos?
¡Atención! ¡Aquí Cervantes!
¿Con quién hablo? ¡Ah, sí! Poeta...
Poco tiempo ha que llegaste
mas veo que por mi pueblo
sientes un cariño grande.
¡Oye!... te pido un favor...
Di a de Lucas, Gamo, Valle,
y a esos pocos que parecen
quijotes de otras edades,
que organicen excursiones,
conferencias, cursos, viajes...
porque no cubra el olvido
las bellas rutas triunfales
que el verdadero Quijote
sembró de hazañas brillantes.
¡Ah! Que no se les olvide
el dar a Cuenca su parte.
¡Don Quijote estuvo en Cuenca!
¡Atención! ¡Aquí, Cervantes!

VI

Pienso que ya está cumplido
el encargo hecho al poeta;
y para que pueda ufano
dar remate a su tarea
fáltale soltar dos *vivas*
que en el pecho le hormigean.
Dos *vivas* con toda el alma:
¡Viva Alcalá! ¡Viva Cuenca!



CAMINO DE GUADALUPE

Camino de Guadalupe,
cierta risueña mañana,
marchaba gallardo mozo,
excautivo, por las trazas.
Buen porte...frente espaciosa...
pupilas vivas y claras...
y barba rubia y bigotes
que hacen soñar a las damas.
En su piel tostada y seca
claramente se notaba
la huella que en largos días
dejó el duro sol de África.
Marcha triste; mas no solo;
que en el fondo de su alma
lleva buena compañía
de inquietudes y esperanzas,
de dolores y deseos,
de recuerdos y nostalgias.
Así que llegó al altar
de la Virgen Soberana,
cayó ante ella de rodillas
con torrente de lágrimas.
-¡Señora! -rezó- ¡Señora,

reina de cuerpos y almas!
Cautivo fui; y ahora, libre,
quisiera darte las gracias.
En Argel más de cinco años
sufrí cadenas pesadas
de las que me ha librado
tu mano vendita y santa.
Hice todo cuanto pude
por Dios, el Rey y la patria;
como sobrado lo indica
esta mano estropeada
en Lepanto combatiendo
contra naves otomanas.
Quizás obtenga por premio
indiferencia malsana;
pero si tú no me olvidas,
si tú no me desamparas,
¡Oh, Virgen de Guadalupe!
ya están mis penas pagadas.
Dijo. Y salió triste y solo
como triste y solo entrara;
aunque llevando en su pecho
más ilusión y esperanza.
Pues apenas puso el pie
fuera del templo, pensaba:

-¡Yo haré que me admire el mundo!
“En un lugar de la Mancha...”

EN LA HERRERÍA

En la herrería de Luis Molina
Yunque y Martillo charlando están;
entre un vistoso saltar de chispas
y un armonioso ¡Tin, tan! ¡Tin, tan!
Pregunta el yunque:-¿Quién es ese hombre
que allá en el fondo sentado está,
quieto los labios, fijos los ojos
cual si viviera para soñar?
¿No lo conoces? –grita el Martillo–
calla y escucha; que lo sabrás.
De limpio origen, en cuna humilde,
junto al Henares, en Alcalá,
vino a la vida Miguel de Cervantes
con ambiciones de eternidad.
Lucha en Lepanto, regresa a España
después de larga cautividad,
y desde entonces por los caminos
solo y absorto vagando va
llevando siempre tras sus pasos
por compañera la adversidad.
–Merece un himno quien sufre y calla.
¡Pega, Martillo! –¡Tin, tan! ¡Tin, tan!

Pueblan confusos su fantasía
mil personajes que alumbrará:
ahora una bella gentil pastora,
ahora un gigante descomunal.
Acaso en este feliz momento
Traza la ruta que seguirán
por los senderos de la ancha Mancha
los caballeros del ideal:
un sabio loco y un cuerdo ignaro
que, juntos, forman la Humanidad.
-¡Por Don Quijote! ¡Por Sancho Panza!
¡Por los que sueñan! ¡Tin, tan! ¡Tin, tan!

Tal vez ahora crea la escena
de los molinos, o del batán,
o de los presos, o los leones,
o de la vieja venta inmortal
donde la astuta de Maritornes
(bella, inocente, graciosa, y... más)
echa en el guiso de los arrieros
canela en polvo, pimienta y sal.
-No molestarle si está creando.
¡Hablemos bajo! ¡Tin, tan! ¡Tin, tan!

De nuestro oficio... Buen compañero...
Pronto su nombre conocerán
desde los nuevos pueblos de América
hasta la antigua China Imperial.
Como nosotros, con noble empeño,
forma le damos al ruin metal
y del amorfo bloque de hierro
sale una espada que es de admirar,
así Cervantes con su talento,
con su paciencia y habilidad,
moldea y pule la lengua hispana
hasta que fulge como un fanal.
—¡Vaya una loa de compañeros!
—¡Vaya una loa! ¡Tin, tan! ¡Tin, tan!

Por corto espacio, Martillo y Yunque,
cansados, cesan de salmodiar;
pero en las horas de la alta noche,
cuando es más densa la oscuridad,
y en los oteros aúlla el lobo,
chilla el mochuelo, y el vendaval
trenza silbidos entre los álamos,
y entre los chopos, y entre el pinar
que en las orillas del fiel Guadiela
su eterna guardia montando están...

En la herrería de Luis Molina,
entre un magnífico chispear,
con alegría, con entusiasmo,
se oye más recio, cada vez más:
-¡Aguanta, Yunque! -¡Pega, Martillo!
¡Viva Cervantes! -¡Tin, tan! ¡Tin, tan!

UN MUCHACHO DE MAZUECOS

Escudriñando papeles
de un archivo polvoriento
que, heredado de los suyos,
poseían mis abuelos,
llegué a conocer la historia
de un muchacho de Mazuecos
que formó con Don Juan de Austria
en los invencibles tercios.
Demostrábase , de modo
que no admite titubeos,
que tomó parte y no escasa
en aquel combate horrendo
conocido con el nombre,
retumbante como un trueno,
de Batalla de Lepanto
por los siglos que siguieron.
No me atrevo a garantizar
lo que pueda haber de cierto;
pero lo dicen papeles...
¡sean responsables ellos!
Me limito a relatar,
tal cual se consigna, el hecho;
o, como suele decirse,

lo que me comentaron cuento:
“Siete de octubre... Salía
el sol de color sangriento...
Las aguas del mar bullían
inquietas, cual presintiendo
que habían de ser testigo
del choque más violento.
A lo lejos se avistaban,
en semicírculo inmenso,
cientos y aun miles de naves
del turco audaz y guerrero
que, insaciable, aunque contaba
en Asia con vasto imperio,
quería tender sus garras
como fatídico cuervo
de la bella y pobre Europa
sobre el delicado cuerpo.
Ya del Golfo de Lepanto,
donde abrigo recibieron,
salían, juzgando fácil
ver logrados sus intentos.
Mas le cortó el paso, rápido
con sus bravos marineros,
aquel genio de la guerra,
–Juan de Austria decir quiero–

dispuesto a probar al turco
el arrojo y el duelo
de que pueden ser capaces
españoles verdaderos.
Ya llegan... Ya se aproximan...
Ya están cerca de los nuestros...
Ya da principio el combate
con un griterío intenso
de los soldados que aprestan
lanzas, espadas, morteros,
arcabuces y otras armas
para lanzarse resueltos
contra los navíos múltiples
del enemigo altanero.
Se oyen los primeros tiros...
Y aquí es donde empieza el cuento.
Un cañoncete enemigo,
con su disparo certero,
de la nave capitana
por el costado derecho
atravesó la madera
y abrió en ella un agujero
con facilidad enorme,
casi un círculo perfecto
de radio de seis centímetros,

milímetro más o menos.
Entraba un chorro de agua
que iba anegando los suelos;
de modo que parecía
querer pasar el mar dentro.
Que se hundía la galera
y morían todos ellos,
todos ellos lo sabían
y así lo reconocieron.
–¡Que naufragamos! –gritó
el de Austria todo trémulo.
¿No hay aquí ningún valiente
que tapone ese agujero?
–Yo, mi general, –contesta
muchachete moreno
que en aquel mismo bajel
servía como remero.
–¿Cómo te llamas?–
–Juan López.
–¿De dónde eres?
–De Mazuecos.
Y, acercándose hacia el chorro
que entraba con ronco estrépito,
fue poco a poco el buen López,
con sus manos y su pecho,

achicándolo, achicándolo,
hasta reducirlo a cero.
Y porque más no pudiera
hacer destrozos de aquellos,
introdujo o sacó el brazo,
con peligro del pellejo,
y el brazo iba por el mar,
arrogante, firme, tenso,
medio metro bajo el agua,
expuesto al frío y expuesto
a ser pasto de los peces
y otros peligros tremendos.
Y así, con el brazo fuera,
siguió impávido y sereno
las siete horas y pico
que duró el combate acérrimo.
Pero...¡se salvó la nave!
y don Juan de Austria, sin miedo
a irse al fondo del mar
por causa de un agujero,
pudo, dando órdenes sabias,
dirigir aquel le encuentro;
y, ayudado ciegamente
por el coraje y el genio
de los bravos españoles

–nuestro Cervantes entre ellos–
destrozar los barcos turcos
como si fueran muñecos.
La batalla se ganó...
Los enemigos huyeron
sin que pudiera saberse
dónde diablos se escondieron.
Sólo quedaron cien barcos
que, desarmados y presos,
trajeron a don Felipe
Segundo como recuerdo”.
Hasta aquí los papelotes
del archivo de mi abuelo;
pero, meditando un poco
sobre este feliz suceso
me formulo estas preguntas
y yo mismo las contesto:
Si el muchacho no taponaba
con su brazo el agujero
¿no se llena el barco de agua
y se marcha a pique? ¡Cierto!
Y, si muere el general,
¿no está perdido el encuentro?
Tan seguro es esto último
como que morir debemos.

Pues... –sin entrar en honduras–
Si lo que se narra es cierto,
o sea que si es historia en vez de cuento,
se llega a la conclusión,
que yo de verdad celebro,
de que fue quien la ganó ,
con su brazo y con su esfuerzo,
la Batalla de Lepanto,
¡un muchacho de Mazuecos!

A JUAN RUIZ ARCIPRESTE DE HITA

Tú no ignorabas, ¡Arcipreste de Hita!
que lo dulce empalaga
y que el goce abusivo de lo bello
al fin termina por herir el alma.
Como ciervo sediento,
corriste en pos de la belleza humana
y serviste con ansia los encantos
que atesora la tierra castellana.
¿Qué rincón por oculto que estuviere
de la tierra gentil del Guadarrama
quedó sin que tus ojos,
ávidos, lo escrutaran;
y en la suave dulzura del paisaje,
llorosos de placer, no se empaparan?
¿No probaste las truchas de sus ríos?
¿No, la leche olorosa de sus cabras?
¿No gustaste, goloso, las perdices asadas
por simpáticas serranas
y mojadas en tragos de buen vino
al calor de la lumbre chaparra?
Todo esto y algo más, Juan Ruiz, hiciste;
pues me consta, aunque no lo diga palabra,
que con cierta Gadea de Riofrío,

y otra, que no recuerdo, de Tablada,
pasaste buenos ratos
de entretenida charla
y si a más no llegaste, fue porque ellas
mantuviéronte a raya
con su ruda callada de vaqueras
que alguna que otra vez llegó a tu espalda.
Y después de correr toda la sierra
y gozar su belleza soberana
regresarías a tu tierra dulce
—o sea a nuestra Alcarria—
la de mujeres bellas,
la de miel aromática,
trayendo saturada hasta la fimbria
tu raída sotana
de perfumes campestres de tomillos,
de espliegos, de ajedreas y de salvias.
Tras un breve reposo,
emprenderías otra vez la marcha
a que el bullicio alegre de las ferias
y el reír de estudiantes te incitaba.
Y cuando te sintieras fatigado,
las fuerzas corporales extenuadas,
buscarías los márgenes risueños
del claro Henares cuyas aguas cantan,

y a la agradable sombra
de algunos chopos o de alguna zarza,
te pondrías a hacer trovas cazurras,
y cántigas y fábulas,
mirando de reajo la corriente
por si alguna alcarreña se bañaba.
Pero, ¡ay! Que la fortuna
es loca y es voltaria;
y, como todo lo del bajo mundo,
también se agota la belleza humana.
Y tú, que la bebiste a manos llenas
recorriendo las sierras castellanas
sobre los lomos de tu mula torda
con la alforja repleta de viandas,
más libre y más alegre que los pájaros
que pueblan la enramada,
tras los muros sombríos de un convento
caíste de la noche a la mañana.
¡Adiós, campos floridos!
¡Adiós, vino, perdices y serranas!
Comprendo tu dolor, Juan Ruiz amigo;
pero el dolor es necesario al alma,
que como fuego en el crisol al oro
la acendra y abrillanta.
Si el cautiverio y el dolor te hicieron

saber que la humildad es la que salva;
que la belleza de este pobre mundo
es transitoria y vana;
si te hicieron pensar en la otra vida
donde está la Belleza Inmaculada,
y, contrito, al morir, tu ánima inquieta
voló, con santo amor, para adorarla...
¡besa, besa la mano que te hiere
y da las gracias a Guadalajara!

SERRANAS DE SEGOVIA

¡Alegres serranillas!
¡Serranas de Segovia
que después de seis siglos
continuáis tan garbosas!
Si Juan Ruiz no os cantara
¿qué fuera de vosotras?
¿quién, el nombre sonoro
guardara en la memoria
de Aladara y de Gadea,
Menga Loriente, y otras?
Acaso ni las vacas
ni las yeguas briosas
que apacentáis por valles
entre risas y coplas.
Pero él, Juan Ruiz, no obstante
lo poco acogedoras
que su amable visita
recibisteis otrora,
y los golpes rotundos
que en sus espaldas sólidas
descargó sin escrúpulos
vuestra callada indómita,
consiguió que saliera

de esta sierra fragosa
en alas de los versos
de sus viriles trovas;
y brilló por la Alcarria
como rútila antorcha,
de allí voló solemne
con el habla española
por tierras y por mares,
contra huracanes y olas,
y atravesó desiertos,
y traspasó la atmósfera,
y es tan estrecho el mundo
hoy ya para su gloria,
que, porque de él no escape
hay que agrandar su órbita.
¿Comprendéis claramente
lo que hizo por vosotras
aquel poeta errátil,
serranas de Segovia?
Sé que, aunque algo ariscas,
no sois fieras rabiosas;
y que si os gustan cintas,
y zapatos, y tocas,
también en ocasiones
sabéis ser generosas.

¡Ea! Dadnos indicio
de que lo sois ahora
con aquel Arcipreste
que os quiso bien a todas.
Y, pues hoy nos juntamos
a ensalzar su memoria,
venid, bravas serranas
que habitáis estas lomas
de Cornejo, Riofrío,
Malagosto y Lozoya,
y probad con palabras,
mejor aún con obras,
que sois agradecidas
si antaño fuisteis sordas.
Ordeñar vuestras vacas;
y su leche sabrosa
sirva para aviarle
un buen cuenco de sopas.
Castamente ofrecerle
vuestros labios de rosas
que espera con anhelo
su frente soñadora,
y luego engalanadla
con guirnalda vistosa
que haréis con azucenas,

claveles y amapolas.
Él quedará contento
al hallar en vosotras
algo que le compense
de la vida azarosa.
Y si además rezaseis,
como pide en sus glosas
algún avemaría
por su ánima devota...
¡cual reirá el buenazo
allá, desde su gloria,
al oír vuestro nombre
y vuestra risa armónica,
uno y otra más dulces
que el canto de la alondra!
Menga la de Cornejo...
Aldara de Lozoya...
Gadea de Río Frío...
¡Serranas de Segovia!

ESTOS SON...

“Estos son mis poderes...”
Pero... no eran aquellos;
esa vez, sólo ésa,
se equivocó Cisneros.
No con grandes cañones
ni potentes ejércitos
se gobiernan estados
y se rigen imperios.
Podrá la fuerza bruta,
tal vez por un momento,
subyugar con cadenas
a los míseros cuerpos;
pero todo hombre lleva
adentro, muy adentro,
tesoro incoercible,
algo inmortal y eterno,
que se opone a la fuerza,
crece con el tormento
y sólo se domina
con ternura y afecto.
Cisneros lo sabía...
Sus grandes dotes fueron
no querer los poderes

y tener que tenerlos.
Nacido en limpia cuna,
oyó la voz del cielo
y buscaba su dicha
en la paz de un convento.
Conveniencias de España,
sus virtudes y sus méritos
de allí se lo llevaron
y, a su pesar, le hicieron
confesor de una reina,
maestro, consejero,
cardenal, arzobispo,
político, arquitecto,
y jefe de un estado
llamado a ser imperio.
¡Honores que llevaba
como agobiante peso!
Acaso de su vida
el más hermoso gesto
fué intentar retirarse
a estos parajes serios.
(Oh, montes, Montes Claros,
delicia, paz, sosiego)
donde entre la espereza
de sus tranquilos cerros

solamente se oye
la canción del silencio;
que es canción de las almas
y es canción de los cielos.
Humildad franciscana,
caridad y talento:
¡Estos son mis poderes!
Pudo decir Cisneros.

NUEVE ROMANCES DEL CID

I

EL PASO DEL CID POR BURGOS

Noche de mayo... La luna,
con su tenue de resplandor,
apenas rasga las sombras
con que Burgos se cubrió.
Desiertas están las calles...
No se oye ruido ni voz,
sino de cual fuentecilla
el apagado rumor.
Perturbando este silencio,
irrumper, como un ciclón,
hasta cuarenta jinetes
con lanzas y con pendón
que, dejándose en Vivar
sus haberes y su amor,
acompañan al destierro
al que en buen hora nació.
No encuentran dónde alojarse;
pues fonda, albergue y mesón
tienen cerradas sus puertas

por mandato superior.
Una niña les da excusas
con su temblorosa voz:
–Es el rey quién lo prohíbe...
Nos matará sin perdón
si os prestamos acogida.
¡Idos, por amor de Dios!
El Cid a Santa María
por calles mudas marchó.
y, tras de rezar, piadoso,
su más sincera oración
toma sin volver la vista
camino del Arlanzón.
No estaba dormido Burgos...
No estaba dormido, no;
pues, detrás de las ventanas,
y temblando de emoción,
cien mil bocas muy quedito
lanzaban este clamor:
–Mío Cid... ¡qué buen vasallo
si tuviese buen señor!

II
LA DESPEDIDA DEL CID

Reina en penumbra y silencio
en los claustros de Cardeña;
pero, a favor de la escasa
claridad de luna nueva
que por sus cien ventanales
serenamente penetra,
puede verse, junto a un ángulo,
la más delicada escena
de tres mujeres que lloran
y un caballero que reza.
—Señor, —dijo éste en voz baja—
Tú sufriste más afrentas
y pagaste con amores
a todo el que te ofendiera.
Hora es ya de separarnos...
¡Quedaos con Dios, Jimena!
—¡No te marches, mío Cid!
Mío, Cid, ¿porqué nos dejas?
Sin tu amparo moriremos
como débiles corderas.
Tus hijas y yo, contigo
iremos por esas sierras,

sin que nos rinda el cansancio
ni asusten las asperezas.
Mucho amamos a Castilla;
pero ¡ay Cid! si sales de ella,
pues en Castilla eres todo,
Castilla estará desierta.
–No, hijas mías... Soy yo solo
quién debe sufrir la pena.
Yo me partiré al destierro
y... pronto estaré de vuelta;
pues tengo en Dios y en mi brazo
confianza tan completa
que no tocaré a mi barba
hasta ganar a Valencia
de donde vendré a buscaros
para que reinéis en ella.
Y, llamando al padre abad
que pasaba con cautela,
–¡Don Abad! Os encomiendo
–díjole con voz serena–
mi mujer y mis dos hijas,
lo que más amo en la tierra.
Ved aquí doscientos marcos;
ya mandaré más riquezas
a medida que las gane

con mi espada en dura guerra.
Y si el cielo me da vida
y no se apaga mi estrella,
he de encargaros mil misas
como justa recompensa.
Y... ¡adiós! que el tiempo se pasa
y el día nono se acerca.-
Calló el Cid... callaron todos...
mudos de emoción intensa;
después... lágrimas... abrazos...
sollozos que al alma llegan...
Y después, poco después,
tan solo se oían fuera,
y cada vez más distantes,
y cada vez menos recias,
pisadas de cien caballos
que, con suma ligereza,
dejaban tierra de Burgos
en busca de la de Atienza.

III

ROMANCE DE LOS TRESCIENTOS

Trescientos eran... Trescientos,
los que Castilla dejaban;
deudos y amigos del Cid
que al destierro le acompañan.
Entre ellos Muñoz, Peláez,
Alvar Fañez de Minaya,
Antolínez y Bermúdez
y otros de notoria fama,
de Vivar y de Cardaña,
de Gormaz y de Berlanga.
Todos ellos caballeros
de subido temple de alma
contrastando en cien combates
contra la morisma brava.
¡Trescientos! Lo más selecto
de la tierra castellana.
¿Qué no harán estos trescientos
cuando se pongan en marcha?
En la linde de Castilla,
–sierra de Miedes– acampan;
y el Cid les pasa revista
al despuntar la mañana.

Montados en sus corceles
que de impaciencia piafan,
más que si fueran de oro
fulgen yelmos y corazas;
mientras el viento despliega
las enseñas venerandas
que flamean jubilosas
en la punta de las lanzas.
–¡Valientes! arenga el Cid
con voz recia y mesurada–
hoy dejaremos Castilla,
con Castilla nuestra casa,
con nuestra casa los hijos,
y con los hijos el alma.
El que quiera que me siga;
y el que no... vuelva la espalda.
Yo, con la ayuda de Dios
y los filos de mi espada,
voy a conquistar riquezas,
reinos, honores y fama
con que engrandecer Castilla
que se va quedando enana.
–¡Todos con vos!– gritó ufano
Alvar Fañez de Minaya-
–¡Todos con vos!– repitieron

otras trecientas gargantas—
Y vibrantes de entusiasmo
igual que vibran sus lanzas,
y mandados por aquel
que en buen hora ciñó espada,
¿qué no harán estos trescientos
cuando se pongan en marcha?
¡Helos, helos cuál se agitan!
¡Va a empezar la cabalgada!
Como torrente soberbio
que, cuan a él se opone, arrastra,
descienden de aquellas sierras
acogedoras, aunque ásperas,
y entre inmensa polvareda
por los llanos se derraman
haciendo temblar la tierra
por donde quiera que pasan.
Cae Castejón de Henares
al empuje de sus armas
y llegan hasta Alcalá
en correrías y algaras.
Henares arriba arriba,
atraviesan las alcarrias
sin que resista castillo
ni les detengan murallas,

y va creciendo Castilla
al compás de sus pisadas.
Un día, Ariza y Cetina;
al otro, Ateca y Alhama;
y luego Alcocer, y Jérica,
hasta llegar a Burriana.
Después Murviedro, y Cebolla,
y Denia, y Cullera, y Játiva.
y por fin, tras un asedio
que dura varias semanas,
se les entrega Valencia,
esa perla hermosa y clara
que, cual otra nueva Venus,
surge risueña del agua.
–Marcha presto, –dice el Cid
a Fañez, su mejor lanza–
–Marcha presto y di a aquel Rey
que al destierro nos mandaba,
que son tuyas las riquezas
y las tierras conquistadas;
y así pagan pechos nobles
a quien los quiere y maltrata.–
¡Bravas gesta, vive el cielo!
Digna de ser pregonada
en poemas y romances

con trompetas de oro y plata.
Trescientos eran, trescientos...
¡Y ganaron media España!

IV

EL CID ESTÁ EN ALCOCER

El Cid está en Alcocer...
Está en Alcocer sitiado
don Rodrigo de Vivar
con seiscientos castellanos.
Moros son los que le cercan
que de Valencia llegaron
con ánimos de prenderle,
de tal calidad y tantos,
que cubren todo el contorno
siendo imposible contarlos.
Mil... dos mil... cuatro mil moros
al acecho de sus pasos.
Después de cuatro semanas,
los víveres agotados,
el Cid forma sus mesnadas
y les habla en son de mando:

–¡Amigos y deudos míos!
A Castilla hemos dejado
y a ella tornar no podemos
por orden del soberano.
Yo no veo otro remedio
que hacer un esfuerzo magno
y derrotar a esos moros
en lid abierta, en el campo.
Alvar Fáñez le interrumpe
diciendo: –Todos estamos
dispuestos a te seguir
y obedecer tus mandatos.
–¡Sus, y a ellos! –gritó el Cid
¡Válganos el buen Santiago!
Y, saliendo impetuosos
con la rapidez del rayo,
acometen la morisma...
Y le causan tal estrago,
que el suelo queda cubierto
de jinetes y caballos
muertos a golpe de lanza
de los guerreros cristianos.
¡Cuántos alfanjes partidos!
¡Cuánto alquicel desgarrado!
¡Qué de lorigas deshechas!

¡Qué de cuerpos destrozados!
Los que conservan la vida
huyen veloces cual gamos;
más que todos, Galbe el Rey,
que espolea su caballo
y en el Castillo de Ayud
busca refugio y amparo.
El Cid, partiendo tras ellos,
en Babiaca galopando,
dícele al buen Alvar Fáñez
que siempre marcha a su lado
llevando en sangre de moros
tinto hasta el codo su brazo:
—¡Cuál huyen esos cobardes!
¡Aún se nos van de las manos!
¿Cuántos quedan?

—Pocos quedan.

Ya no es difícil contarlos:
Ni cuatro mil...ni dos mil...
ni mil...¡Quinientos escasos!-
Y así, tras ellos corriendo
y ellos huyendo, llegaron
hasta el castillo de Ayud
donde los han encerrado.
El Cid, viendo su impotencia

contra aquellos muros altos,
les dirige una mirada
y exclama tras corto espacio:
¡Castillo de Ayud famoso!
Hoy les has prestado amparo...
¡Quiera Dios que venga un día
en que estés bajo mi mando!
Y, alejándose tranquilo,
Alvar Fáñez va ordenando:
–Ahora marchas a Castilla;
y cuentas a nuestro amo
y señor, el Rey Alfonso,
el triunfo que hemos logrado.
Y porque vea que somos
leales, si desterrados,
llévale de estos trofeos
¡los cien mejores caballos!–

V
EL CID EN CALATAYUD

Armado de todas armas,
salpicadas aún de sangre,
un guerrero, cuyo nombre
no es preciso mencionarle,
cabe los robustos muros
del viejo castillo árabe
que para guardar un puente
fundó Ayub dos siglos antes,
con voz segura y potente
decía razones tales:
—¡No al abrigo de esas piedras
te acojas como cobarde,
propio más bien de mujeres
que del reyezuelo Galve!
Sal a campo abierto, a ver
quién lleva la mejor parte;
como salí de Alcocer
cuando allí me sitiaste.
Y si no te atreves solo,
quince, que te ayuden, trae;
que, aunque solo, yo no huyo
ni ante quince ni ante veinte.

Pero, dime... Tú ¿quién eres?
Un subalterno ignorante
de aquel otro que en Valencia
poco tiempo ha de ufanarse.
Ladronzuelos uno y otro,
uno y otro criminales,
embaucados por Mahoma
con sus burdos disparates
que dejasteis del desierto
los calientes arenales
para maltratar a España
en sus delicadas carnes;
aunque con la ayuda inicua
de cierto traidor magnate.
Tamín, el Rey de Valencia,
te envió con apremiantes
órdenes de detenerme
y a su presencia llevarme...
¡Sal, pues, si tienes arrestos!
¡Sal contra mí, moro Galve!
Que aquí te espero, dispuesto
a recibirte y honrarte.
¿Sabes quién soy? Soy Rodrigo,
el hijo de Diego Laínez,
que en Vivar, cerca de Burgos

su hacienda heredé y su sangre.
Armado fui caballero
en Coimbra, ante los grandes;
dándome el Rey la espada,
la Infanta los acicates,
y la Reina este caballo
que vence a los huracanes.
Derroté a los de tu raza
en más de treinta combates;
no habiendo palmo de tierra,
desde el Duero hasta el Henares,
por donde no haya pasado
victorioso mi estandarte.
En el cerco de Zamora,
sin poderle dar alcance,
perseguí hasta las murallas
a otro alevoso cobarde
que segó del rey don Sancho
la augusta vida honorable.
Fui quien en Santa Gadea
hizo que Alfonso jurase
que en la muerte de su hermano
no había tomado parte.
Y si, enojado con ello,
tuvo por bien desterrarme,

sumiso dejé Castilla,
mis hijas y propiedades,
después de oír en Cardena
la misa que dijo un fraile.
Sin guardar odio a mi rey,
aunque injusto me maltrate,
le sirvo como a señor
y le aprecio como a padre;
y somos los de Castilla
tan sinceros y leales,
que si alguien en mi presencia
tiene el valor de insultarle,
la lengua con que lo hiciera
mi mano se la arrancare.
Sabes quién soy... Sé quién eres...
Sal, pues, si tienes coraje,
y en campo abierto veamos
quién lleva la mejor parte.
Estas fueron las razones
que, firmes en el adarve,
escucharon las almenas
del viejo castillo árabe;
y, tras de rodar por ellas,
se perdieron en el aire.
Calló aquí el buen caballero

que, al no responderle nadie,
–aunque por la saetera
alguien estuvo acechándole–
después de mirar altivo,
majestuoso y arrogante,
hizo girar a Babieca
y marchóse; no sin antes
arrojar fiero su lanza
contra el tosco portón grande
en cuyas recias maderas
clavada, quedó oscilante.
El nombre de aquel guerrero
no precisa mencionarse;
pues Calatayud recuerda...
¡y el mundo entero lo sabe!

VI

CASTELLANO Y BASTA

Entre los pinos de Tévar
Mío Cid está yantando;
salpicadas todavía
de sangre sus recias manos.

Buenos manjares le ofrecen;
que bien se los ha ganado
luchando, como quien era,
contra moros y cristianos
que manda el conde Ramón
con el afán de ahuyentarlo.
Muchos eran... Tres por uno...
Bien vestidos... bien armados...
Pero ¿de qué sirve el número
contra el valor acendrado?
Al pie de la cuesta esperan
los valientes Castellanos;
y, empezada la batalla
con relinchar de caballos,
a unos matan y a otros hieren
y se hacen dueños del campo.
Si alguien queda ileso, huye
como alma que lleva el diablo
excepto el conde Ramón
que me lo han aprisionado.
¡Allí perdió la Colada
que vale más de mil marcos!
–¡Comed, conde! –dice el Cid–
Hoy me veré muy honrado
si tomáis de este mi pan

y de este me vino rancio.
–Yo no mencho, ¡voto a tal!
–contesta el conde enojado–
que no está bien que me venzan
esos tus hombres descalzos.
Comed vos, si estáis alegre;
juro por todos los santos
que antes perderé la vida
que probar un mal bocado.
–Comed, conde... Yo os prometo
que si coméis hasta hartaros,
mando que os den libertad
a vos y dos hijosdalgo
que os sirvan de compañía
mientras llegáis al condado.
De lo contrario, sabed
que ni en uno ni en diez años
han de miraros los ojos
de moros ni de cristianos.
Atónito quedó el conde
ante aquel ser tan extraño;
y, atraído por la idea
de verse muy pronto en salvo,
–¿Será verdad, –dijo– ¡Oh Cid!
lo que me habéis relatado?

–Verdad es, conde Ramón.

–¿Como así?

–Soy castellano.

Pidió entonces el conde agua
con que lavarse las manos;
y empezó a comer tan bien,
tan bien movía los brazos,
empinó tan bien el codo...
que el Cid, medio estupefacto,
se daba por satisfecho
al ver su empeño logrado.

–Bien lo habéis hecho, buen conde.

–Mío Cid, ¿ya estáis pagado?

Desde que soy conde, nunca
gusté de mejores platos.

¿Cumpliréis vuestra palabra?

–Yo jamás a ella falto.

Y mandó enjaezar
los tres mejores caballos,
el conde y dos consejeros
tuvo por bien libertarlos.
Ya marchan llenos de júbilo
para sus pueblos y campos
no sin volver la cabeza
por si el Cid sigue sus pasos.

Este, con voz esforzada,
le amonestó contrariado:
–No temas... ¡conde Ramón!
¡Lo dije... y no me retracto!
¡Yo soy el Cid! Pero... ¡basta
con que sea castellano!

VII

EN EL ROBLLEDAL DE CORPES

En estas mismas praderas,
a la sombra de estos árboles,
unos sujetos traidores
–traidores aunque magnates–
cometieron la vileza
más atroz y repugnante
que el Romancero y la Historia
registran en sus anales.
En Valencia estaba el Cid
a quien el buen Alvar Fañez,
que es tan insigne guerrero
como embajador notable,
lleva nuevas de que Alfonso

de León, a quien Dios guarde,
vería con buenos ojos
que de Carrión los Infantes
con las dos hijas del Cid,
Elvira y Sol se casen.
El Cid, vasallo leal,
no se opuso a tal enlace.
Se celebraron las bodas;
y se hacen festejos tales
que Valencia la Mayor
refulge como un diamante.
Dos años han transcurrido
desde este hecho memorable;
cuando los yernos del Cid
deciden de allí marcharse
para tierras de Carrión
donde tienen heredades.
Con ellos van sus mujeres;
y con ellos o delante
los bienes que Ruiz Díaz
tuvo a gala en obsequiarles.
Por Molina y por Medina
llegan a estas soledades
y en el robledal de Corpes
mandan clavar los tendales.

Durante toda una noche
se muestran finos amantes...
pero ¡ay! que al día siguiente,
tan pronto como el sol sale,
despojan a sus mujeres
de los mantos y briales,
y, amarrándolas al tronco
de uno de estos dos árboles,
las azotan de tal modo
con las cinchas y acicates
que brota la sangre cálida
de sus delicadas carnes.
Las dejaron medio muertas;
y parten a todo escape
hacia Carrión donde tienen
su nido de gavilanes.
¡Pobre Elvira y pobre Sol!
¡Del deber conyugal mártires!
No eran Castellanos, no,
los que tal ofensa os hacen;
que en Castilla no hay traidores,
ambiciosos ni cobardes.
Castellanos son los que hoy
vienen a estos robledales
a recordar vuestras lágrimas

y contemplar un instante
esta tierra áspera y buena
que recogió vuestra sangre.

VIII

ROMANCE DE SAN ESTEBAN

¡San Esteban, San Esteban,
San Esteban de Gormaz!
Hay en tu historia una página
que no se debe olvidar:
Doña Elvira y doña Sol,
dos modelos de bondad,
eran las hijas queridas
de Rodrigo el de Vivar.
Las casaron en Valencia,
en magna solemnidad,
con dos hombres cuyos nombres
no quisiera mencionar
por... cobardes, por... traidores,
porque con ruin falsedad
de Valencia las sacaron
con pretexto de admirar
las bellezas que posee

Carrión, su pueblo natal.
Las sacaron de Valencia...
y, cuando iban a llegar
a esta tierra, tierra noble,
de honor y de lealtad,
las dejan abandonadas
en medio de un robledal
tras de haberlas insultado
y azotado sin piedad.
Su primo Félix Muñoz
las recoge; y sin tardar
las conduce a San Esteban,
donde hallan consuelo y paz.
¡Muchas gracias, San Esteban,
San Esteban de Gormaz!
Tú curaste sus heridas;
tú les diste lumbre y pan;
tú mitigaste sus penas
con amor de caridad;
y cuando, restablecidas,
decidieron retornar
al abrigo generoso
del regazo maternal,
despidiéndolas con lágrimas
las quisiste acompañar

hasta Río del Amor
con entusiasmo cordial.
Entusiasmo... amor... finezas...
que no se olvidan jamás.
¡Bien se ve que eres Castilla,
San Esteban de Gormaz!

IX

EN VALENCIA ESTABA EL CID

En Valencia estaba el cid;
en Valencia, la florida,
disfrutando del cariño
de su mujer y sus hijas
que Alvar Fañez hace poco
ha traído de Castilla.
Del Alcázar en la torre
más gallarda y atrevida
bajo un cielo tan hermoso
que al mismo cielo da envidia,
todos cuatro, en un abrazo
rebotante de alegría,
contemplan el panorama

que desde allí se divisa.
Bajo sus pies, la ciudad;
olorosa, alegre, limpia;
algo más lejos, la huerta
(Donde el agua cristalina
desecha en dos mil acequias
juega, corre, canta y brinca)
semeja mullida alfombra
de esmeraldas guarnecida,
y aún más lejos, el mar,
ondulante plata líquida,
que reflejó en otros tiempos
naves griegas y fenicias,
desgrana sobre la arena
de sus playas infinitas
las canciones melodiosas
que aprendió en opuesta orilla.
–¡Loado sea el Señor!
–dijo el Cid con voz sentida–
Loado sea el Señor
quien me dio tal maravilla
que os ofrezco como premio
de las pasadas desdichas.
–Gracias, –dijo doña Sol.
–Gracias, –dijo doña Elvira.

Doña Jimena no habla;
pues que, quieta y pensativa,
fija la vista en lo alto,
hablaba consigo misma.
Oiréis lo que pensaba,
dicho por mi boca indigna:
“–Oh, Cid, valiente y altivo,
el de la barba bellida,
que en buena hora naciste
y buena espada ceñías.
Consejero de tres reyes
admirado de infantinas,
campeón de justas causas
y terror de la morisma,
en tu cuerpo se encarnó
el alma de mi Castilla,
como tú, tierna y adusta,
como tú, noble y altiva.
Si enemigos poderosos,
por rencor y por envidia,
te arrojaron al destierro
queriendo anular tu dicha,
no han conseguido otra cosa
que aumentar tu gloria nítida.
Vencedor nunca vencido,

no hay en toda la península
lugar que no hayas honrado
al recibir tu visita.
Y es tal la virtud que me tienes,
tal la gracia que destilas,
que, si algo toma contacto
contigo, lo immortalizas:
ciudades, cosas, personas...
adquieren fama y vida.
Tus hazañas portentosas
habrán de ser referidas
en incontables romances
de ingenuidad que fascina;
y, dando al mundo la vuelta
harán que tu nombre viva
hasta que este pobre mundo
muera deshecho en cenizas.
¡Dios te guarde, Mío Cid!
¡Tu misión está cumplida!
Hiciste a Castilla grande...
¡y hoy te ensalza tu Castilla!”

ANTE EL SEPULCRO DE DOÑA SANCHA,
BIZNIETA DEL CID

Infantina doña Sancha
delicada flor un día,
por cuyas venas corría
sangre del Campeador;
y hoy, al cabo de los siglos,
bajo esta sencilla losa,
hecho cenizas, reposa
tu corpóreo esplendor.

Si tu alma hermosa y pura
goza la dicha del cielo,
desde allí ve nuestro anhelo
y nuestros afanes ve,
pide a Dios que nos conceda
una humilde santa vida
y a nuestra España querida
esperanza, amor y fe.

ESPERANDO

Sentada en la espereza de una roca
a la que el fiero mar bate con saña,
se ve todas las tardes una vieja
que llora a veces y que a veces canta;
pero que siempre en sus cansados párpados,
dispuesta a resbalar, tiene una lágrima.
¿Qué fuerza misteriosa
le hace salir de casa
y la lleva a escuchar un día y otro
las canciones monótonas del agua?
¡Pobre vieja! Está loca...—
Dicen cuántos la ven allí sentada;
y hasta algunos chicuelos atrevidos,
que no entienden de penas ni desgracias,
acercándose más, se mofan de ella,
llegando en ocasiones a insultarla.
Mas la pobre, impasible
lo mismo que una estatua,
no cesa de mirar allá, a lo lejos,
donde el cielo y el mar, mudos, se abrazan.
Ella tenía un hijo a quien quería
como quieren las madres, con el alma.
Y, porque era su alegría, su consuelo,

el puntal de su casa,
quien el pan que comían
ganaba con sudor, y hasta con lágrimas.
Todas las noches, entre doce y una,
cuando el puerto tranquilo descansaba,
en un barco pesquero
que decía al silbar: *¿vendré mañana?*,
marchaba en compañía de otros cuantos
a luchar con la muerte cara a cara.
Luego después navega que navega...
Luego después trabaja que trabaja...
Y así un mes y otro mes, y un año y otro,
bebiendo sin querer, agua salada.
Sentada junto al mar, su anciana madre
todas, todas las tardes lo esperaba;
pero una...la infeliz esperó tanto...
que la noche llegó, más no la barca.
Nadie volvió a saber de aquellos hombres...
Quizá la mar los sepultó en sus aguas...
Acaso batallando con las olas
llegaron moribundos a otras playas.
La madre del muchacho
quedóse con el alma desgarrada
al perder su alegría, su consuelo,
el puntal de su casa;

y, lo que es más aún, aquel pedazo
de sus propias entrañas.

No obstante, ella lo esperaba
y tiene confianza
en verlo aparecer cualquier momento
nadando en la extensión móvil de plata.
El sol hunde su disco luminoso...
aparece la luna inmaculada...
En el sacro silencio de la tarde
reza el mar en la costa su plegaria...
y todavía la incansable madre
temblando de dolor, aguarda... aguarda...
hasta que otra ancianita,
compañera tal vez de su desgracia,
se acerca tanteando aquel terreno
con un palo que le hace de callada
y, dándole en el hombro un golpecito,
le dice: –Vamos.. ¡anda!
que ya está anocheciendo
y te quedas helada.–
La pobre vieja entonces
dirige a todas partes su mirada;
levántese llorosa,
y responde en voz baja:

-¡Vámonos, sí, mujer... Hoy ya no viene...
Mañana volveré...! ¿Vendrá mañana?

QUIERO

Quiero vivir desconocido y quiero
en la paz de mi rústica morada
en compañía de mi esposa amada
hacerme yo a mí mismo prisionero;

Educar con cariño y con esmero
los siete hijos que el Señor me ha dado
y enseñarles a amar con verdadero
fervor las tradiciones del pasado;

Tener amigos pocos pero buenos;
libros sanos científicos y amenos;
ganar riquezas para dar sin tasa;

Hacer favores cuantos pueda; y cuando
la muerte venga a visitar mi casa
me encuentre de rodillas y rezando.

TRÍPTICO DE LOS OJOS NEGROS

I

POR CAMINOS DE AIRE

Por caminos de aire
se me fue el pensamiento
y, paróse, extasiado,
en unos ojos negros.
Se hallaba tan a gusto,
tan a gusto y contento,
que se quedó dormido
recreándose en ellos.
Tenían la dulzura
de la miel del romero;
la suavidad gratísima
de fino terciopelo
y la luz de la aurora
de mayo placentero.
¡Como que aquellos ojos
más que ojos eran cielos!
Tuve que despertarle
de su apacible sueño;
porque ¡ay! Aquellos ojos

eran...cercado ajeno.
–Pensamiento, ¡despierta!
¡Vámonos! Pensamiento.–
Y al ver que no acataba
ni mandatos ni ruegos,
con el alma transida
y el corazón deshecho,
lo cogí de la mano
como a niño travieso...
y por caminos de aire
lo volví a su aposento.
–Pensamiento....¡paciencia!
¡No llores! pensamiento...–

II

AQUELLOS OJOS NEGROS

Aquellos ojos negros
que un día me miraron
e hicieron de los míos
sus devotos esclavos,
¿dónde estarán ahora?
¿Bajo qué cielos claros
derramarán dulzura

y fulgures de astro?
Se encontrarán muy lejos,
¿o estarán a mi lado?
Sonreirán felices,
¿o llorarán infaustos?
¿Serán de esposa frívola
en un hogar profano,
o de novia ingenua
en silencioso claustro?
Montes, valles, arroyos...
revelad el arcano
y arrancadme esta duda
que punza como un dardo:
¿dónde estarán los ojos
que un día me miraron?
¿En el templo? ¿En el baile?
¿En el mar? ¿En el campo?
¿O acaso bajo tierra
Comidos por los gusanos?
¡Ay! Diera media vida
por saber de sus pasos;
y acaso, acaso, ¡toda!
por gustar el regalo
de mirarme en los ojos
que un día me miraron.

III

¿PORQUÉ ME MIRARÍAN?

Si no iban a ser míos
¿porqué me mirarían?
Aquellos ojos negros
labraron mi desdicha.
¡Qué alegre me encontraba
y cuán feliz vivía
en la paz de mi huerto
agradable y magnífica!
Allí, trinos de aves,
rumores de agua viva,
flores que recreaban
con su color mi vista,
y dulzura... sosiego...
¡casi la gloria misma!
Mas pasaron sus ojos
prodigando caricias;
y, llevando consigo
mi paz y mi alegría,
-Pasaron ¡Nunca de ellos
volví a tener noticias!-
dejaron en mi alma
silenciosa y esquiva

temblor, desasosiego,
inquietud infinita...
¡Ay! si el cielo piadoso
no me cura esta herida,
en el mundo no hay nada
que curarla consiga.
Aquellos ojos negros
labraron mi desdicha.
Si no iban a ser míos
¿porqué me mirarían?

.. Ven

Ven, espumosa mía, al huerto;
que el manzano está florido
y lleva aromas al aire,
que embriagan los sentidos,
Bajo un manzano, Adán y Eva
cometieron su delito...
Y yo, bajo otro manzano
tan en flor que es un prodigio,
quiero decir que te quiero
como nunca te he querido,
fija la vista en el cielo
que siempre nos fue principio.
Hoy, que gozamos de calma,
ahora, que estamos solitos,
pues tras la vida y su cuanto
corren nuestros siete hijos,
ven, espumosa mía, al huerto;
que el manzano está florido
te diré, aunque lo sabes,
lo mucho que te he querido.
Primavera de 1954 - Pedro

VEN

Ven, esposa mía, al huerto;
que el manzano está florido
y lleva aromas el aire
que embriagan los sentidos.
Bajo un manzano Adán y Eva
cometieron su delito;
y yo, bajo otro manzano
tan en flor que es un prodigio,
quiero decir que te quiero
como nunca te querido,
fija la vista en el cielo
que siempre nos fue propicio.
Hoy, que gozamos de calma;
ahora que estamos solitos,
pues tras la vida y su encanto
corren nuestros siete hijos,
ven, esposa mía, al huerto;
que el manzano está florido;
y te diré, aunque lo sabes,
lo mucho que te he querido.

¡GLORIA IN EXCELSIS DEO!

¡Quiero cantar... Desde las altas cimas
donde el águila audaz cansada sube;
quiero dejar mis infelices rimas
en los brazos del viento y de la nube.

Tengo, ante todo, que humillar mi frente
de minúscula y pobre criatura
alabando al Señor Omnipotente
como Rey del abismo y de la altura.

Quien creó tierra y sol con su albedrío
y los conserva sobre firme asiento;
y trazó con su dedo el mar y el río
y formó las montañas con su aliento.
A cambio de forzar la fantasía,
He de sobrevolar valles y montes,
Ávido de admirar la España mía
En rápido desfile de horizontes.

Castilla con sus áureos trigales;
Galicia con sus campos de verdura;
Murcia y Valencia con sus naranjales;
Con sus glorias de ayer, Extremadura;

Cataluña con fábricas a miles;
Aragón con sus cantos y su jota;
Vasconia con sus ásperos cantiles
y Andalucía con su luz que agota.

Ciudades que supieron inmolarsé
antes que someterse al extranjero,
y en sus lechos, impávidas, echarse
después de convertirlos en brasero.

Otras que, resistiendo la embestida
de un enemigo superior mil veces,
al entregarse con su escasa vida
tan solo le entregaban ruinas y heces.

¡Tierra de bendición mi patria bella!
De tal fecundidad y bríos tantos,
que adondequiera que se escarbe en ella
surgen cenizas de héroes o santos.

Seres de contextura sobrehumana
Que, dejando su amor y sus hogares,
iban a propagar la fe cristiana
y conquistar un puesto en los altares.

Navegantes de locas ambiciones
que, a despecho de océanos profundos,
se marchaban con tres embarcaciones
y tornaban trayendo nuevos mundos.

Intrépidos soldados verdaderos
que contingente y agobiante hazaña,
aun dejando su carne en los senderos,
ganaban nuevos lauros para España,

y componían con fulgor de rayo
poemas tan grandiosos como aquel
que inició en Covadonga un don Pelayo
y terminó en Granada una Isabel.

Consumados artistas colosales
que tomando buriles o cinceles,
lo mismo levantaban catedrales
que labraban viriles y joyeles.

Vates de extensa explicación sencilla;
escritores de hablar puro y galano
que forjaron la inmensa maravilla
del sonoro lenguaje castellano...

¿Cómo dar pudo un pueblo tanta rosa
y fruto tan óptimo y tan copioso?
Se adivina la mano generosa
de Dios eterno, sabio y poderoso.

Quien creó tierra y sol con su albedrío
y los conserva sobre firme asiento;
y trazó con su dedo el mar y el río
y formó las montañas con su aliento.

¡Otra vez ante Ti! Ahora colijo
que de todo era fin, principio y centro;
pues donde quiera que la vista fijo
allí, Señor, para mi bien te encuentro.

Y pues en este caminar sin tino
de individuos, familias y naciones,
sólo puedes marchar Tú su destino
y saciar sus deseos y ambiciones,

quisiera reunir en este ejido
que a raudales el sol con su luz baña,
todos los que serán y son y han sido
entre lo más selecto de mi España:

Santos, héroes, poetas, escritores,
artistas, misioneros, navegantes,
y místicos, y ascetas, y doctores,
y labradores, y hasta comerciantes,

que, confundidos en fraterno abrazo,
con las voces más dulces y más puras,
elevando, Señor hacia Ti el brazo,
gritasen: ¡Gloria a Dios en las alturas!

A SANTA MARÍA DEL VADO

¡Virgen del Vado hermosa que escuchaste las cuitas
de aquel, Juan Ruiz, trovero que nació en Alcalá,
y calmaste, piadosa, las ansias infinitas
que sentía en su pecho, de saber y de amar.

Ciego de sed ardiente por captar la armonía
que personas y cosas brindaban a su amor,
¡cuántas y cuántas veces corrió esta serranía
desde Lozoya a El Vado, desde Hita a Tamajón!

Y cuántas, extenuado por hondos sinsabores,
agotada sus fuerzas del mucho caminar,
al cruzar algún prado tapizado de flores,
cabe una fresca fuente pondríase a soñar

con alegre pastora de mejillas de rosa
que, esgrimiendo el cayado con ardor varonil,
sin llegar nunca a dárselo, le ofreciera, mimosa,
el dulzor de sus labios de encendido rubí.

Rióse de lo humano... Respetó lo divino...
Mezcló sombras y barro con espíritu y luz;
y no bien remoja sus labios en buen vino
cuando ya los posaba, flébil, sobre la cruz.

Buscaba amor y rosas, y daba con la espina;
placeres humanales, y se encontró el dolor;
amistad en los hombres, y cosechaba inquina
que aún más que la espina punzó su corazón.

Entonces, acosado por desventuras tantas,
no encontrado calmante para su ardiente sed,
contrito acudiría, Virgen, ante tus plantas
a saciar sus anhelos de amar y de saber.

Pues dile a aquel trovero que de todo reía
si aún sigue ante tus plantas en la vida inmortal,
que si hoy resucitase no reconocería
-tal está de cambiada- la pobre humanidad.

Hogaño no topara, si cruzara estos puertos,
con serranas a quienes pedirles de yantar
y, a cambio de zarcillos, con los brazos abiertos,
le dijeran: *puedes venir con me a folgar.*

Si alguna queda hoy día, no está en estos contornos;
pues, vestida de sedas, anda por la ciudad...
Cuando torne el de Hita traiga para sobornos
tarritos de perfumes y medias de cristal.

Pasaron a la historia tizonas y morriones...
Pandero y caramillos han perdido su voz...
Ahora sólo se estilan jeeps, portaaviones,
fortalezas volantes, radar, televisión...

¡Si apenas quedan prados cubiertos de verdura!
porque el sitio en que estaban o es ardo solar,
o enormes rascacielos elevan a la altura
su fría arquitectura de cemento y de metal.

En los hombres ¿qué resta de la fe y paz sinceras,
norte y guía seguros de su honrado vivir?
Hoy no creen... Se odian y matan como fieras
que su presa disputan alrededor del cubil.

Sola tú permaneces inmutable y serena
en medio de tan grande confusión y avatar;
que, madre del Eterno, al compartir su pena
también te hizo partícipe de la su eternidad.

Porque tienes en tu frente
placidez de limpia fuente,
candor de aurora naciente,
dulzura de casto amor...

y en tus ojos bondadosos
los destellos armoniosos
de los rayos luminosos
que despide el rubio sol.

Porque eres flor y eres guía,
faro, espejo, puerto, vía,
refugio, paz, alegría
y del mundo honor y prez;

de la traición del malvado,
del amor desordenado,
de la duda y del pecado,
¡Santa María del Vado!
¡Salva me!

Por tus gozos y temores,
por los acervos dolores,
por los santos estertores
de tu Hijo clavado en cruz,

ampara al linaje humano
y llévalo de la mano
por camino recto y sano
al Reino de Eterna Luz!

¡Virgen del Vado hermosa que escuchaste las cuitas
de aquel, Juan Ruiz, trovero que nació en Alcalá
no desoigas las trovas sinceras, sencillitas,
que un juglar de estas tierras que vino hoy a cantar!

SÚPLICA

¡Virgen de la Salud de Barbatona,
incomparable estrella matutina!
A tus plantas la tierra seguntina
sus cánticos de amor y paz entona.

Sin fe, la humanidad hoy se desala
buscando a sus dolores medicina
y más camina cuanto más resbala
y más resbala cuanto más camina.

Pero tú, clementísima y sensible,
no consientes que muera de la horrible
herida que el rencor abre y encona...

¡Salva a la humanidad desorientada!
¡Condúcela a su célica morada,
Virgen de la Salud de Barbatona!

LA VIRGEN DEL VAL
(Tradición de Alcalá de Henares)

Al Excelentísimo Ayuntamiento de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Alcalá de Henares del que la Santísima Virgen del Val es Alcaldesa Honoraria.

I
ARA Y CANTA

Corría el año de gracia
De mil ciento ochenta y cuatro,
cuando una tarde de octubre
y en sitio a Alcalá cercano,
se encontraba el mozo Lucas
las pardas tierras labrando
junto a la margen risueña
del Henares afanado.
Tras el paso perezoso
de sus bueyes cabizbajos,
la frente en sudor bañada,
el cuerpo sobre el arado,
iba cubriendo afanoso
los bien escogidos granos

de trigo que poco antes
vertió su prédica mano;
mientras en las altas copas
de los olmos y los álamos
sonaban los dulces trinos
de los juguetones pájaros,
y el sol, risueño y alegre
aunque próximo a su ocaso,
vestía con manto de oro
los altos cerros cercanos
de Bella-Cruz, Ecce Homo,
Brujas y Moro Encantado.
Todo era paz y alegría
aquella tarde en el campo...
Alegría y paz que entraban,
sin que pudiera estorbarlo,
en el ánimo tranquilo
del mozo que estaba arando,
y, trocadas en cantares,
las devolvían sus labios.
Y cuando hay paz y alegría,
¡qué bien se lleva el trabajo!
Tan a gusto se encontraba
con el suyo el aldeano,
que, no obstante la fatiga

de ir todo el día inclinado,
continuaba presuroso,
surco arriba surco abajo,
la monótona tarea
de ir enterrando el grano;
en tanto brotan cantares
y cantares de sus labios,
y está el Henares riendo,
y están piando los pájaros,
y está el sol cubriendo de oro,
los altos cerros cercanos.

II

EL HALLAZGO

De improviso, a punto ya
de acabarse la faena,
quedan los bueyes parados
como clavados en tierra,
por más que el mozo con brío
les anima y los arrea.
¿Qué les hace detenerse
si toda la tarde aquella
tan bien su deber cumplieron

y con tanta diligencia
que casi era de extrañar
en bueyes tal ligereza?
Grande debe ser la causa
para que así los detenga;
pues según los entendidos
del pueblo y comarca entera,
no hay res que gane a las reses
de Lucas en fortaleza.
Y Lucas, pensando un poco,
enseguida se dio cuenta
de que había algún obstáculo,
a no dudar, bajo tierra,
que con fuerza sobrehumana
detenía la pareja.
Tomó una azada en sus manos
y cava que cava, apenas
llevaría diez minutos
cuando aclaró su sospecha
al comprobar ser lo cierto
que en una pesada piedra
era donde se enganchaba
el arado por la reja,
y juzgando necesario
exhumarla o removerla,

siguió cavando cavando
hasta dar cima a su empresa.
Cuando la tuvo en sus manos
¡qué alegría tan intensa!
No hay pluma humana que escriba
ni voz que referir pueda
el júbilo que embargaba
su cuerpo y su alma entera.
Contemplándola un momento,
hincó la rodilla en tierra
y exclamó lleno de asombro
-¡Si es una Virgen pequeña!
¡Aún acabo de sembrar
y recibo la cosecha!
Y continuó largo rato
fijo sus ojos en ella.

III

DESCRIPCIÓN INACABADA

En el más puro alabastro
que el monte en su seno cría
vertió con sagrado celo
su inspiración el artista.

La materia con la forma
de tal modo se armoniza
que de él sus manos sacaron
casi la belleza misma.
Tamaño más bien pequeño;
pues del pie a la coronilla
con un tercio de la vara
se tomará su medida.
Frente espaciosa, serena...
Mejillas dulces, purísimas...
Tiernos labios delicados,
manantiales de sonrisas...
Ojos que irradian más luz
que las estrellas unidas;
y cabellos que se esparcen
sobre una espalda hermosísima
como rayitos de sol
o hebras de oro finas.
Amplio manto, cuyos pliegues
tal realidad fingían
que más bien que hechos de piedra
parecen de seda rica,
cubrídala hasta los pies
sutiles más que la brisa,
cuál amasados con pétalos

de nardos o margaritas.
Sostiene en su brazo izquierdo,
con la ternura infinita
que solamente una madre
puede tenerla y sentirla,
al Hijo Eterno de Dios,
hijo a la par de ella misma;
y mirándose uno a otro,
sus almas se comunican
formando grupo tan noble
de belleza tan subida...
Y aquí la pluma fracasa;
que es torpe a más de raquíica,
y para seguir pintando
tal vez necesitaría
que la moviese algún ángel
y no mi mano indecisa.
¡Angelitos de los cielos!
Seguid, pues, y describirla;
mientras yo, mudo y absorto,
la venero de rodillas.

IV
EL REGALO

Cuando apenas don Bernardo,
como cristiano cabal,
terminó el santo rosario
con sus hijas Sol y Paz,
un golpe dado en la puerta
vino la calma a turbar.

–¡Pase!– dijo el caballero.
Y entró, con torpe ademán,
el mozo aquel que poco antes
vimos en el campo arar.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

–Ustedes perdonarán
si molesto...

–Por Dios, Lucas,
Tú ¿qué vas a molestar?
Pero ¿cómo aquí a estas horas?
¿No estás labrando en el Val?
–Sí, señor... Hasta hace un rato;
pero es que yo... ¡la verdad!
quiero ofrecer a las niñas
un regalo...

–¡Ah, perillán!

Vanas excusas que pones
para poder pasear.
¿Y la yunta?

–Allí se queda.

–¿No podrá escaparse?

–¡Quiá!

Ya les contaré a mis amos
lo que ocurrió; pero van
a ver antes el regalo
que les trae el perillán.

Y, dejando con cuidado
de la mesa en la mitad
un envoltorio pesado,
–pues que le hacía sudar-
desenrolló su anguarina
con pulso y seguridad,
y apareció, ante el asombro
de todos los que allí están,
la imagen que descubriera
entre cantar y cantar.

–¡Qué primor! –claman a una.

¡No se vio belleza igual!

¿La encontraste?

–Cuando araba...

Hace una hora no más.
–¡Gracias! –dijeron las niñas.–
Con celo y amor filial
la pondremos en el sitio
más noble de nuestro hogar;
haremos que la venere
todo el pueblo de Alcalá;
y, pues la hallaste en el valle...
¡será la Virgen del Val!

V

LA SOSPECHA Y ALGO MÁS

Al día siguiente, apenas
promediaba la mañana,
fueron Paz y Sol a ver
a don Bernardo a su estancia
dando muestras de disgusto
mas que síntomas de alarma.
–Padre y señor, –le dijeron
cariñosas y humilladas–
La Virgencita preciosa
que Lucas nos regalara
no está donde la dejamos...

–Eso no es posible ¡cáspita!
Nadie anduvo por aquí...
–Ven, verás que no es patraña.
Fue... Se convenció... y, llamando
a la más ágil criada,
–Ve corriendo –le ordenó–
y Lucas, si está en su casa,
que se presente cuanto antes,
que su Señor se lo manda.
Pocos momentos después,
el mozo se presentaba
sin sospechar que pudieran
soltarle este jarro de agua.
–¡Eres el hombre más necio
que hasta el día me eché en cara!
Fue lo que oyó a don Bernardo
sin otra previa palabra.
–¿Yo, mi amo?
–Tú, ¡granuja!
–Pues le juro...
–¡Calla, calla!
Ayer traes a las niñas
y dices que les regalas
una virgen que te encuentras
mientras en el campo labras,

y, tal vez arrepentido,
la llevas de aquí a tu casa.
Ese proceder inícuo
va a pesarte...

–¡Por mi alma!

–dijo Lucas– Nada sé
de todo lo que usted habla.

–Pobre ladrón, embustero...

¡Ay de ti si en tu morada
la encontramos! No quisiera
fueran mías tus espaldas.

¡Ea! –añadió– Vamos todos
al hogar de este canalla
y veremos cómo es cierto
que es allí donde la guarda.
Fueron... Entraron... Miraron...
Pero... ¡la imagen no estaba!

VI

EL MILAGRO

Gran multitud de curiosos,
tal vez doscientas personas,
se han reunido a la puerta

atraídos por la bronca.
Chicos, mozos, hombres hechos,
viejos de barba canosa...
todos preguntan, preguntan
y no hay nadie que responda.
—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?
se oía en todas las bocas.
Y, al no conocerlo, inventan
las más curiosas historias.
Hasta que salió Gregorio,
persona sencilla y docta,
versado lo mismo en cuentos
que en historias y crónicas,
y exclamó con voz potente
levantando sus garrota:
—Ya sé la causa... ¡señores!
es la siguiente y no otra:
ayer se encontró una imagen
y ha vuelto a perderse ahora.
Todos debemos buscarla...
Es de un mérito que asombra...
¡De tiempos de San Asturio,
o acaso aún más remota!
Y como en aquel momento
salieron Lucas y todas

las personas que poco antes
llenaran su causa lóbrega,
todos al Val se dirigen;
pues va a demostrar la forma,
cómo halló mientras araba
la escultura seductora.
Contemplan el hoyo abierto
en la tierra aún esponjosa;
y escuchan, llenos de asombro,
la relación paradójica.
Pero alguien alzó los ojos
hacia un árbol, cuyas hojas
al caer iban formando
como una mullida alfombra,
y exclamó lleno de gozo:
—¡Ahora está allí la señora!—
Cierto. En el hueco de un olmo
mostrábase majestuosa.
Don Bernardo, Lucas, todos,
acordaron sin demora
recogerla con respeto
y llevarla a la Parroquia.

VII
NUEVO MILAGRO

Goza de prestigio grande
la Parroquia de San Justo
ya que todo Alcalá sabe
que se levantan sus muros
sobre lo que fue la ermita
fundada por San Asturio
en el sagrado lugar
donde descubrió inconsuntos
los cuerpos de aquellos Niños,
honor de la gran Compluto,
que antes que perder la fe
dieron su vida al verdugo;
allá, hacia el año trescientos
de venir Jesús al mundo.
A esta Parroquia llevaron
con devoción y con júbilo,
la santa Virgen del Val
desde su agreste refugio.
La recibió entusiasmado
el párroco don Raimundo
vistiendo capa pluvial,
alba, y estola, y manípulo.

Al compás de dulces cánticos
y de otros ritos litúrgicos
fue puesta en sitio de honor
frente por frente del púlpito
desde donde el sabio párroco
pronunció un bello discurso.
A más de cirios de cera
que alumbran el templo oscuro,
cada uno se desvive,
desde el ignorante al culto,
por ofrecer a su Reina rosas tardías
y frutos que cría el Campo Loable
en su regazo fecundo.
Y, cumplido el religioso
deber con agrado sumo,
el pueblo sano y sencillo
se dispersó en varios rumbos.
De ahí no se va... -dijo un quidan.
Este lugar es seguro.
Pero ¡ay! que al día siguiente
se confirmó el rumor público
de que la Imagen no estaba
en la Iglesia de San justo.
Y Alcalá se dio a pensar
que, si no era un caso absurdo,

tenía que ser milagro...
pero... ¡milagro mayúsculo!

VIII
HABLA EL PÁRROCO

–¡Otra vez está en el Val!–
gritó un chiquillo en la calle.
Grito que llevó en sus alas
veloz por el pueblo el aire
y sirvió para que en breve
volvieron a congregarse
dispuestos a recogerla
y traerla a todo trance.
Y allá marchan, hermanados
súbditos y autoridades
eclesiástico-civiles,
incluso el juez y el alcalde;
quiero decir ellos mismos,
que no sus representantes.
El sol con sus rayos tibios
hace apacible la tarde;
sigue ensayando entre juncos
más canciones el Henares,

y desgranando sus trinos
los pájaros en los árboles.
Cuando llegaron al olmo
en cuyo hueco gigante
contemplan llenos de asombro
la sacratísima Imagen,
postráronse de rodillas
y el párroco, adelantándose,
con el debido respeto
pronunció palabras tales:
—¡Virgen del Val, Madre nuestra,
de todos los hombres madre!
Mira al pueblo de Alcalá
a tu pies arrodillarse.
Él hubiera preferido
no dejarte en este valle
donde, aunque sirva de alivio
la belleza del paisaje,
hay tal soledad que impone
por lo solemne y lo grande.
Mas si este lugar te agrada
y en él quieres hospedarte,
tus hijos sabrán, henchidos
de cariño inigualable,
levantarte aquí una ermita

do te veneren y alaben.
Ruega por nos a tu Hijito...
Virgen del Val, ¡Dios te salve!

IX
HABLA LA VIRGEN

Entonces se oyó en los aires
como una armoniosa música
mientras suave y grato aroma
llenó la atmósfera pura.
El hueco del olmo, que era
oscuro más que una tumba,
aparecía iluminado
de una claridad difusa
como de fulgor de aurora
o albores de casta luna.
Adquirieron movimiento
los labios de la escultura
y oyéronse estas palabras
dulces, armoniosas, fluidas:
–Es mi voluntad quedarme
en estas orillas rústicas
y tener aquí una ermita

donde el pueblo entero acuda
por septiembre de cada año
en romería jocunda.
Yo he protegido a Alcalá
de adversidades innúmeras,
aunque oculta en esta piedra
bajo de la tierra húmeda.
Pero... tened confianza;
que si me amáis con ternura
jamás he de abandonaros
aunque la tierra se hunda.
Si algún día mano aleve
de esta morada me expulsa
y, con designios diabólicos,
quiere borrar la profunda
devoción que me tenéis...
¡no sintáis temor ni duda!
...sólo permaneceré
a vuestros ojos oculta
hasta que vuelva contrito
a reconocer su culpa.
Pero aunque no, a los cien años
apareceré más pulcra.
Amaos unos a otros;
perdonaos las injurias;

acordaos de mi Hijito
muerto en la cruz entre burlas...
Así seré vuestra madre,
vuestra abogada segura,
protegeré con mi manto
vuestras espaldas desnudas,
y seré para vosotros
fuente de vida y dulzura.

X
HABLA...

En aquel mismo lugar
elegido por la Virgen
los cristianos de Alcalá,
con celo y amor sublimes,
levantaron una ermita
que, si al principio fue humilde,
con el rodar de los tiempos
llegó a ser un templo insigne;
y hoy, después de siete siglos,
aunque más pobre, subsiste .

Aún cada año por septiembre
continúa la costumbre

de acudir en romería
a ver a su madre dulce.
Y después de haber rezado
y pedir que los alumbre,
tan *alumbrado* sale alguien
que se ve desde las nubes.
Buen humor... música... cantos...
mezclados viejos e impúberes.

También yo vulgar coplero,
acaso el peor de todos,
que, aunque no soy de Alcalá,
como a mi pueblo la adoro,
acudo todos los años
a presenciar el jolgorio.
Pero al pensar que alguien puede,
ignorante o malicioso,
sin pisar siquiera el templo
volver de allí en malos modos,

puesto en el más apartado
rincón del santuario aquel,
así le hablo a la Señora
que me sabe comprender:
-¡Virgen del Val! ¡Virgen pura!

¡El más preciado joyel
de este pueblo que tan hondo
tiene arraigada la fe!
No te fijes en sus yerros...
¡Oh, madre... perdónales!

La ignorancia con su sombra,
la juventud con su ardor,
puede ser causa de acciones
que rechaza la razón.
Ampara al mundo que rueda
entre duda y confusión;
defiende España que siempre
te ha tenido grande amor;
protege a Alcalá y sus hijos...
¡Oh Virgen! ¡Ruega por nos!.

EL NIÑO ESTÁ EN EL PESEBRE

El niño está en el pesebre
sobre unas pajas dormido...
La Virgen y San José
velan su sueño tranquilo.
En un rincón del establo
la vaca y el borriquillo
ni se mueven ni respiran
por no despertar al niño.
Y hasta los ángeles bellos
que desde el cielo han venido,
han callado sus rabeles
y sus cánticos dulcísimos
y con sus alas brillantes
lo cubren y dan abrigo.
No lo despertéis vosotros...
Miradlo así... calladitos...
Y cuando el Niño, riendo,
vuelva a abrir sus ojos lindos,
puestos ante Él de rodillas,
le pediremos sumisos:
¡Oh Niño Dios! Te adoramos.
¡Protégenos, Santo Niño!
¡Si hay muchos que te desprecian,
aquí están tus amiguitos!

PLEGARIA

Al Santo Cristo Universitario de los Doctrinos

En la mística penumbra de tu ermita solitaria
donde llega amortiguado de las calles el rumor,
¡Oh, Cristo de los Doctrinos! te dedico esta plegaria
y con ella los latidos de mi pobre corazón.

Yo no vengo a lamentarme de lo amarga que es la vida
ni a gemir por si en mis carnes se cebó la enfermedad;
que el remedio que me diste fue más grande que la herida
y las rosas han ahogado las espinas del rosal.

Siete hijos como siete pedazos del sol fulgente
y una esposa que me brinda las delicias de su amor;
y Tú, Cristo, que me amparas con tu mano omnipotente...
¿Puede hallar en este mundo más objeto mi ambición?

Me lamento de que exista quien te mueva cruda guerra
y de verte rodeado de tan honda soledad;
de que, siendo quien sacaste de la nada cielo y tierra,
no se adore, cual se debe, tu poder y tu bondad.

En tus brazos siempre abiertos ¿quién, refugio sosegado?
¿quién en tu amoroso pecho busca bálsamo el dolor?

¡Oh divinos brazos yertos! ¡Oh corazón lacerado!
¡Veinte siglos emitiendo, a llamaradas, amor!

¿Dónde fueron las legiones de sumisos estudiantes
que acudían a tus plantas, tu doctrina a comentar,
diluida en las palabras luminosas, palpitantes,
de un Ignacio de Loyola y un José de Calasanz?

Vélos, vélos como marchan por aspérrimos caminos,
llena de errores la mente y perfidia el corazón;
mientras sigues esperando ¿Oh, Cristo de los Doctrinos!
con los brazos siempre abiertos aún sangrantes de dolor.

¡Que retornen nuevamente como cándidos corderos
a beber el agua pura de la fe y la caridad!
¡Que se borren para siempre los maléficos senderos
que trazaron, con su dedo el error y la impiedad!

¡Quién me diera desdoblarme en porciones infinitas!
Infinitas lenguas para bendecir tu corazón...
Infinitos corazones que, cual tiernas margaritas,
echaría para alfombra de tus pies de Redentor.

Y quisiera ser antorcha para hacerte compañía;
y quisiera ser incienso y quemarme ante tu altar..
¡Oh, Cristo de los Doctrinos! ¡Haz que se pueda en mi agonía
tus divinos pies llagados besar, besar, y... besar!

AL CRISTO DE LOS DOCTRINOS

Ahora que estamos solos, Jesús mío,
y que ruido del mundo no importuna,
quiero llorar mis culpas una a una
sobre tu pecho ensangrentado y frío.

Pequé, Señor... Mi intrépido albedrío
no sació su ambición en cosa alguna
y hoy torna a Tí buscando su fortuna
igual que corre hacia la mar el río.

Con amor a tus plantas me prosterno.
Quien merece las penas del infierno
una mirada tuya solicita;

y, aunque fueron enormes mis pecados,
confío en que me sean perdonados...
¡yo sé que tu bondad es infinita!

CORAZÓN DE JESÚS

¡Corazón de Jesús inmaculado
que, por salvarme a mí, tu sangre diste!
Pues te complaces consolado al triste,
ven a mi corazón atribulado.

En el mar de la vida, en que navego
en débil lancha, el temporal persiste;
y me asalta el temor de que me anego
si tu mano amorosa no me asiste.

Ruge la tempestad... La niebla es densa...
Sin apenas luchar, vacilo y dudo...
Me azota el oleaje con más brío...

¡Corazón de Jesús, sé mi defensa!
¡Corazón de Jesús, sé tú mi escudo!
¡Corazón de Jesús, en Ti confío!

VIA CRUCIS

1^a

JESÚS CONDENADO A MUERTE

¡Jesús mío muy amado!
Tú, la Suprema Inocencia,
y recibes la sentencia
de morir crucificado.
Ya que ha sido mi pecado
Quien te juzga de tal suerte,
hazme puro y hazme fuerte
para seguir mi camino;
pues quiero -fiel peregrino-
imitarte hasta la muerte

2^a

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS

Sobre tu hombro dolorido
de castísimo Cordero
han colocado el madero
de la Cruz, duro y fornido.

Es mi pecho empedernido
quien te carga de tal modo
más Tú, que lo puedes todo,
transforma mi carne en luz
y podré besar tu cruz
sin que la mancille el lodo.

3ª

JESÚS CAÍDO EN EL SUELO

Pesa la Cruz... Y el flagelo
tus fuerzas así ha menguado
que al primer paso que has dado
caes, rendido, en el suelo.
Me causa hondo desconsuelo
verte abatido en la arena;
pero mucho más me apena
el que no haya ser humano
que te dé amable la mano
para mitigar tu pena.

4^a

JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

La calle de la Amargura
Cruzaba con mansedumbre
cuando entre la muchedumbre
descubrió a su Madre Pura.
¿Habrá alguna criatura
insensible a tu dolor?
Jesús, tu Hijo, tu Amor,
caminando a la agonía...
¡Lo maté yo, Madre mía!
¡Piedad para un pecador!

5^a

SIMÓN AYUDA A JESÚS

Un tal Simón de Cirene,
algún tanto compelido,
con Jesús ha compartido
el peso que la Cruz tiene.
Si a tu justicia conviene
que, por mi gran devaneo,
lleve alguna Cruz, deseo

llevarla solo, Señor.
¡Este enorme pecador
ni merece Cireneo!

6^a

EL VELO DE LA VERÓNICA

Para enjugar tus sudores
un velo te dio Verónica
y quedó tu faz armónica
impresa en puros colores.
¡Ah, si fueran mis amores
de porfía tan tenaz
que dibujaran tu Faz
sobre mi alma arrepentida!
Sería entonces mi vida
luz, amor, consuelo y paz.

7^a

CAE POR SEGUNDA VEZ

Caes a tierra nuevamente
¡Oh, Rey de tierra y de cielo!

Llegando a tocar el suelo
con tu purísima frente.
También yo, reincidente
en el pecado maldito,
apenas estoy contrito
torno de nuevo a caer
sin que sepa agradecer
tu sufrimiento infinito.

8ª

JESÚS CONSUELA
A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

Unas mujeres, mirando
tanto dolor, tantas penas,
vierten lágrimas serenas
mientras Jesús va pasando.
Y el Sumo Amor, reparando
en aquel llanto copioso,
las consuela generoso
y, a la par que las bendice,
–No lloréis por Mí, –les dice–
llorad el pecado odioso.

9ª

CAE POR TERCERA VEZ

¡Por tercera vez caído!
¡De qué sirve el Cireneo?
¿de qué, mi pobre deseo
si mil veces te he ofendido?
¡Oh, dulce Jesús! Te pido
que me des amor con creces;
y, ya que por mi padeces,
mi gran flaqueza disculpa
y haz que si incido en la culpa
no vuelva a incidir más veces.

10ª

REPARTEN SUS VESTIDURAS

Has llegado hasta el Calvario...
Manos rapaces e impuras
arrancan tus vestiduras
con desprecio sanguinario;
y el sagrado relicario
la soldadesca reparte.
Señor, concédeme parte

cuando repartas tus dones,
pues te ruego me perdones
si no he sabido adorarte.

11^a

JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

¡Cómo resuena en la blava
mañana de abril sin brillo
la percusión del martillo
que tus pies y manos clava!
De la sangre que manaba
de tu cuerpo a borbotones,
son todas mis ambiciones
–tiene virtud infinita–
poseer una gotita
para lavar corazones.

12^a

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Siete palabras de luz...
El sol, triste, se retira...

Y el dulce Jesús expira
en el árbol de la cruz.
Cubre fúnebre capuz
la tierra muda de horror...
¡Da, señal, tú, de dolor!
¡Vierte ríos de amargura!
¡Llora, llora, criatura!
¡Ha muerto tu Creador!

13ª

JESÚS EN BRAZOS DE SU MADRE

¿Quién a tu dolor no asiste?
Un pecho compadecido
con piedad te ha descendido
de la Cruz en que moriste.
Tu Madre, angustiada y triste,
te acoge con santo amor...
Solo, ¡yo solo! Señor,
por mi proceder malvado
aún te mantengo clavado
sin dolerme tu dolor.

14^a

JESÚS PUESTO EN EL SEPULCRO

En un sepulcro aseado
que labró mano piadosa
¡Oh, mi buen Jesús! reposa
tu cuerpo desfigurado.
Quisiera ser sepultado
contigo, en tu misma herida;
que eres Luz inextinguida
y es consolador y cierto
que donde estés Tú, aunque muerto,
está contigo la vida.

15^a

ORACIÓN

¡Jesús, que, crucificado,
resumes todo el dolor!
Heme hoy aquí postrado.
por la llaga del costado
que te abrió lanza cruel,
aparta de mí la hiel
que el feo pecado encierra;
y haz que marche por la tierra
siempre a Ti devoto y fiel.

DESTELLOS EVANGÉLICOS

I CIEGO

Sentado junto al camino,
pidiendo limosna estoy;
ciego, más ciego que el ciego
que sanaste en Jericó.
No pretendo importunarte
con necias voces, Señor;
mi ha de ser el gritar mío
quién fuerce tu compasión.
Sospecho belleza, encantos...
En ese mundo exterior,
deleite de los sentidos,
tortura del corazón.
Pero ¿que son más que humo
que se disipa veloz?
Anhelo cosa más bella,
objeto de más valor...
Si me preguntas qué quiero,
sin pedirte nada yo,
no te diré: “Quiero ver... “
Sino: ¡Tenerte, Señor!

II
ESCLAVO

De la nada ¡Oh, mi Dios! me sacaste
y me diste un alma inmortal
con poder de admirar la belleza
y poder de captar la verdad.
Dispusiste para mi regalo
cuanto encierra la tierra y el mar;
cielos... soles... por mí los hiciste
con pasmosa prodigalidad.
Providente conservas mi vida
que sin Ti hacia la nada se va...
Cuanto tengo, Señor te lo debo...
Soy tu esclavo... ¡Ya puedes mandar!

III
PRÓDIGO

Pidió a su padre la herencia,
marchóse alegre de casa
y entre placeres o lodos
vivió por tierras lejanas.
Viviendo y no trabajando,

la consecuencia está clara:
aquella enorme fortuna
se le escurrió como el agua.
Hambre... Guarda de unos puercos...
Bellotas duras y amargas.....
Dolor...arrepentimiento...
y retorno a su morada.

Hijo tuyo, soy Dios mío;
pues me criaste y me guardas.
¡Qué bien se está junto a Ti!
¡Qué delicia! ¡Qué fragancia!
Por nada quiero dejarte;
no quiero perder tu gracia;
no quiero buscar placeres
que se agotan y no sacian;
no quiero... ¡comer bellotas
con los cerdos de la piara!

IV PRÓFUGO

Siempre adelante... adelante...;
siempre correr y correr...

bebiendo aguas estancadas
que no me quitan la sed.
Los zarzales del camino
han desgarrado mis pies;
y sigo busca que busca,
sin poderme detener,
lanzado por estas ansias
infinitas de querer.
Y cuando, roto y cansado,
me siento desfallecer,
veo ¡Oh Jesús! que me sigues
portador de todo bien,
camino, verdad y vida,
maestro y amigo fiel,
llamándome con palabras
que nunca supe entender.
Me ofreces dulzor, ternuras,
amor, esperanza, fe...
¡Todo lo que me hace falta
para calmar esta sed!
Y es ahora cuando te oigo...
¿Porqué no antes? ¿Porqué?

V
SEDIENTO

–Aguaviva tengo
que nunca se acaba...
sólo con que quieras
ya llenas el ánfora.-
Así, fatigado
de larga jornada,
bajo un cielo puro
mientras descansabas,
dijiste a una
mujer de Samaria.
Ella, junto al pozo
de Jacob sentada,
no entendía, ¡torpe!
tus dulces palabras.
–¿Aguaviva, dices?
¿Dónde está esa agua?
–No es como la tuya,
–Tú le replicabas–
que un día está turbia,
otro día clara,
y a veces caliente
y a veces helada.

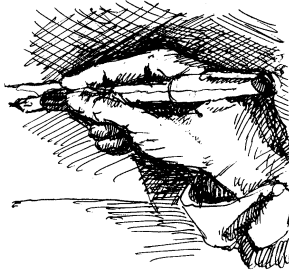
Es la que te ofrezco
de tal eficacia,
que quién bebe de ella
del todo se sacia;
y nunca en la vida
pedirá más agua.
Ni el frío la altera,
ni el calor la daña;
dulzuras...deleites...
¡ninguno le iguala!
–Menos te comprendo...
pero... ¡qué bien hablas!
Agua que presiento...
¡Dame de esa agua!

No te conocía
la Samaritana;
yo, que te conozco,
Jesús de mi alma,
sé que eres la fuente
que perenne mana
luz, consuelo, vida,
amor, paz y gracia.
Agua milagrosa...
¡Dame de esa agua!

VI

Y POR FIN...

Hoy me has dicho: “¡Vete en paz!”,
igual que a la Magdalena,
y se ha llenado mi alma
de suavidades serenas.
Aquietadas las pasiones,
mi razón, antes rastrera,
se ha elevado hasta la cima
de las verdades eternas.
Y allí, puesta de rodillas
entre un resplandor que ciega,
ha vislumbrado los goces
inefables que le esperan.
¡Misterios de amor! ¡Oh, Agua
Viva, de la Fuente Muerta!



Hacia la cúspide
de
Pedro Gamo Ortega (1898-1958)
Antología póstuma
editada por su hijo
Jacinto,
se acabó de preparar
el 30 de marzo de 2020,
aniversario del nacimiento de
Paul Verlaine.

Pedro Zamora



EDICIONES DEL RECUERDO